

9-052
GOM-9
V

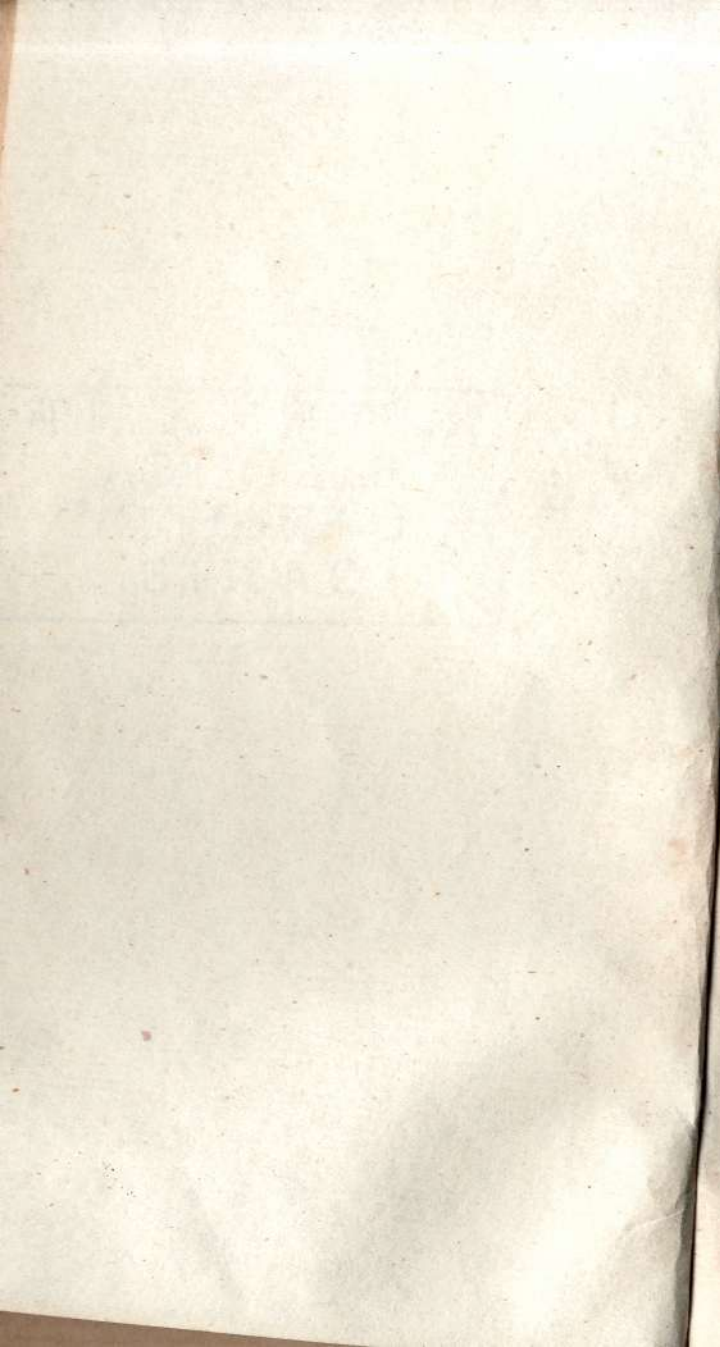
MAXIMO
GOMEZ
EL
VIEJO
EDUA

mpaña • literatura de campaña • literatura de campaña • literat





MINISTERIO DE HACIENDA
BIEL OTECA
LA HABANA, CUBA
CANJE



colección cocuyo

EL VIEJO EDUÁ



TABLE DES MATIÈRES

**MAXIMO
GÓMEZ
EL
VIEJO
EDUA**

Crónicas de Guerra

colección cocuyo



colección cocuyo



EDITORIA DEL CONSEJO NACIONAL DE CULTURA
EDITORIAL NACIONAL DE CUBA/LA HABANA, 1965

#49803 18090 96
90 05 15 J08

Diseño / RAÚL MARTÍNEZ

Canje Artes Gráficas
16200

Fecha: Agosto 19 1965

9-052

Gom-6

2

COPYRIGHT 1965 / EDITORIAL NACIONAL DE CUBA

EL VIEJO EDUÁ
O MI ÚLTIMO ASISTENTE

EL ALBO YERBA
O MI GILTING VASSALIA

¡La guerra de Cuba! ¡Qué guerra aquella tan llena de grandes pequeñeces y de pequeñeces asombrosas por sus grandezas! Así son todas.

Cinco años habían transcurrido, y día por día alumbraba el sol los episodios más sangrientos, las escenas más conmovedoras, de aquel combate permanente que sostuvo Cuba con sin igual bravura para conquistar su independencia. Se combatió con denuesto y sin descanso largo tiempo y se hicieron asombrosos esfuerzos de valor por los que se atrevieron a luchar.

En aquella guerra sostenida por la santa indignación de los menos, nacida de la inmerecida y brutal opresión bien armada de un pueblo entero, tuvieron lugar hazañas heroicas de diferentes modos y maneras. De mil modos se le puede servir a la patria. Lo esencial es servirla.

La lucha era por demás desigual. Cuba, encolezada y enloquecida, con el corazón herido por tantos dolores y ofendida su dignidad con tantos ultrajes, no se aprestó bien para aquella batalla, y sobrante de fe y entusiasmo, pero sin fusiles ni pólvora, se levantó para sacudir su oprobiosa tutela. No quiso otra cosa España y abocó sobre ella todos sus cañones y con ellos todo el refinamiento de la matanza y el exterminio para saciar su venganza y producir el terror, sin comprender que las revoluciones ni se asustan ni se exterminan.

¡Cómo matar a una idea?

Cuba sigue erguida y poderosa solamente por el derecho y la razón que le asisten, pero sus defensores no tenemos armas, y el derecho y la razón contra la tiranía, no significan nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones. Sin embargo, aquel alzamiento asustó a los españoles y se quedaron un instante a la defensiva, mientras hacían sus aprestos de guerra.

La revolución, ¡funesta ilusión! se durmió sobre sus primeros laureles, y hasta llegó a ser —cosa extraña en aquellos momentos de loco entusiasmo— magnánima y generosa con sus propios enemigos, pagando más tarde, y muy caro, su cordial entusiasmo. «¡Ay de aquel que es humano y conspira!»

No se hizo esperar mucho tiempo el látigo de la guerra que España despiadada debía dejar caer encima de la colonia sublevada, y un cuerpo de ejército de tropas regulares que comandaba, como General en Jefe un hijo o hermano del Duque de Alba, sin duda se aproximaba sobre la margen derecha del caudaloso Cauto: el General español que más sangre inocente derramó en Cuba, y que más ayes arrancó, y más lágrimas hizo verter a la mujer cubana, General y Conde por añadidura, para ser más fiero: era Valmaseda, que venía dispuesto a exterminar en la heroica Bayamo la Revolución. ¡Como si las revoluciones fueran de un solo punto y una sola fuera su cabeza! La Revolución de Cuba no está sólo en el corazón y la mente de sus hijos, está en sus brisas, en sus palmas, en sus arroyos, en sus cavernas y está en toda la América.

Se quiso poner resistencia a aquel cuerpo de ejército, y se empeñó el propósito de impedir el

paso del Cauto al Conde de Valmaseda. Empresa temeraria por cierto: un ejército de desarmados enfrentarse a otro ejército erizado de cañones y bayonetas. No puede haber mayor arrojo, más inaudito.

Yo me encontraba a la sazón disputándole otro paso del Cauto —Palma Soriano, en Oriente—, a Campillo —segundo tomo de Bóves, aunque no tan valiente, que con una fuerte división también forzaba marcha hacia el interior a darse las manos con Valmaseda: esa era la combinación. En «La Cuchilla» de Palma Soriano, le tuvimos detenido diez días, hasta que refuerzos llegados de Santiago de Cuba le ayudaron a continuar.

Los generales Donato Mármol y Modesto Díaz mandaban de consuno el ejército de operaciones contra Valmaseda.

A tres o cuatro mil llegaría el número de patriotas con más de 2,000 libertos desarmados unos y mal armados otros, con pésimos machetes y viejas escopetas. Aquella masa de hombres indefensos se arrojó sobre los cañones de Valmaseda: la metralla hizo su carnicería espantosa, muchos se abrazaron de los cañones. Los patriotas al fin se retiran y el Conde plantó su tienda, triunfante, según él, sobre los escombros humeantes de la heroica Bayamo.

A Bayamo seguramente reservará la Historia una página tan honorable como gloriosa. Aquel pueblo no se reservó nada: todo, absolutamente todo lo ofrendó a la Revolución. Sin distinciones de clases ni categorías, la población en masa, sin quejas y sin esfuerzos, más bien con altanero orgullo y satisfacción extraña y digna a la vez, aban-

dona el campo al enemigo poniendo fuego a sus hogares.

Tal acto de asombroso sacrificio confundió al Conde, cuyo primer impulso fue mandar a preparar cuarteles en la vecina villa de Manzanillo para ir allí a alojar su ejército. Pero tamaño desaire debía ser castigado a fuego y sangre, y eso se propuso después. Puso en práctica la persecución más despiadada y feroz, cebando su rabia en aquella masa de poblaciones indefensas que errante vagaba por las montañas y las selvas, teatro de las escenas más crueles de sangre y de dolor.¹

Valmaseda, a mi juicio, no nos hizo daño en cierto sentido. Aquel Bóves de su época, ayudó al afianzamiento de la idea, a lo verdaderamente definitivo de la Revolución, al «diente por diente» de las revoluciones cuando son buenas porque son implacables con sus enemigos; de otro modo, es decir, cuando demasiado sensibles y generosos, los pueblos no les cantan himnos como la «Marsellesa» ni les levantan altares como la guillotina. Entonces tal parece que los pueblos no tienen plena conciencia de sus derechos y anda escasa en ellos la dignidad.

De la masa aquella de patriotas desarmados que en forzosa retirada dejaban libre el paso a las huestes devastadoras del Conde, los 2,000 libertos llenos de espanto se dispersaron por todo el territorio insurreccionado, y muchos de ellos todavía aún ciegos, pues no había tenido tiempo de alumbrar su cerebro la antorcha de la libertad, se presentaron a sus antiguos dueños.

¹ Ver Apéndice.

Eduá, el viejo Eduardo, de 60 años, formó parte de aquella masa arrollada con la metralla y después dispersa; pero él guardó la fe en su corazón y siguió vagando entre el torbellino y la matanza de la guerra.

Atacada la Revolución por todas partes, España empleó todos los elementos de que podía disponer, que eran muchos.

Le puso sitio. Cuidóse muy mucho de aniquilar en perjuicio nuestro todos los recursos del propio suelo, al mismo tiempo que atenta y vigilante impedía que nos viniesen de fuera. Y sin embargo, la Revolución no pudo morir. ¡Ay de España si Cuba, como deberá suceder, se levanta para que se cumpla su destino! ¡Españoles, o quedaos con nosotros como hermanos o arreglad la maleta!

Del acosamiento y la persecución sin descanso, de la matanza sin piedad, de las terribles y constantes privaciones, de todo eso, grande y feroz, resultó otra cosa más poderosa e incontrastable y sublime: la necesidad. Esa es una madre severa, pero buena. España no supo lo que hizo. Nos enseñó a pelear de firme. Llegando a los extremos, nos hicimos seriamente cargo de nuestra situación, y la aceptamos. Hubo más, la amamos. ¡Qué amor tan grande! El combatiente amó la montaña, el matorral, la sabana; amó las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega, para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.

Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto, y certero; amó el rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor

fue correspondido y supo acomodarlo a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rió de España. España estaba perdida. No sé qué genio fatídico batió sus alas sobre Cuba. Caprichos siniestros y menguados del destino.

Casi no nos explicamos el Zanjón, cuando nos ponemos a pesar situaciones...

En alas de mis amados recuerdos me desví, sin advertirlo, de la hilación verdadera, del relato sobre mi futuro viejo asistente, Eduardo. Perdonen mis lectores, pero probaré a encontrarlo. Soy buen práctico de Oriente, donde debe hallarse.

Había transcurrido el tiempo —¡se vivía tan aprisa!— olvidándonos muchas veces hasta las fechas; tan llenas de emociones diversas pasamos aquella vida, siempre al trote, unas veces detrás del enemigo y otras veces delante.

Ya yo tenía casi olvidada la sangrienta y asoladora invasión del Conde de Valmaseda a Bayamo y una casualidad insignificante al parecer, me hizo recordar aquel fatídico suceso. Advierto que tampoco en una guerra como la que sostuvo Cuba pasaba nada insignificante y que no tuviera su importancia relativa, del propio modo que no hubo un solo hombre que fuera completamente inútil. De aquí aquel heroico axioma: «si no sirvo para matar, serviré para que me maten».

Explicaré el caso, pero antes es preciso citar antecedentes.

La muerte natural del general Donato Mármol, jefe que comandaba el ejército de Oriente, fue causa de que yo abandonara, por orden superior del Gobierno, el mando de la División, ya bastante veterana, con que sosteníamos la campaña de Charco

Redondo al Sur de Jiguaní. Los españoles en Oriente, como en el Camagüey, al saber la muerte del invicto General trataron de aprovechar el desaliento y el desconcierto, que torpemente suponían pudiera acontecer en aquellas tropas ya aguerridas por la falta de su Jefe. En las revoluciones pocos hombres son necesarios. El que se crea eso está en un ridículo error.

Trataron, pues, de activar sus operaciones en toda aquella parte que por nuestra organización territorial se denominó Departamento Oriental. Reforzaron sus campamentos y puestos fortificados y establecieron otros más, multiplicaron sus columnas y guerrillas en operaciones, y fue más activo y cauteloso su sistema de espionaje.

Los batallones más aguerridos, probados y prácticos ya en aquella comarca, marcharon en seguida a engrosar las filas de aquel ejército exterminador y sanguinario.

En las guerras, como es sabido, los lugares, como los hombres, adquieren, por los sucesos que en ellos o por ellos se suceden, cierta celebridad y renombre que la Historia no puede prescindir de mencionar. Y en Cuba los tenemos de bastante resonancia, especialmente aquellos donde se han dado batallas quedando vencedoras las armas de la República, de la misma manera que tenemos hombres que apenas si tiraron un tiro, y la Historia no podrá menos que colocar sus nombres al lado de los más esforzados combatientes. Como por ejemplo, en Oriente, «La Demajagua», «Yara», «Tacajó», «Las dos Palmas», «Miranda», «Arroyo del Rosario», (pocos saben el por qué de éste). Como en el Ca-

magüey, «Guáimaro», «Najasa», «El Horcón», y «Siguanea» en Las Villas, y por último el «Zanjón».

Me ocurre poner al lado de Céspedes a Aguilera, al lado de Agramonte a Luaces, al lado de Argilagos a Moralito, al lado de Henry Reeve a L. Ayesterán, y así a muchos.

A los unos les escribiría yo en sus hojas de servicio las siguientes notas de conceptos: *Valor fuera de toda duda*. A los otros: *Terribles*.

Miranda, uno de los lugares citados, es o era, una finca derruida y abandonada, a la que la tremenda escoba de la guerra barrió hasta los cimientos de sus viviendas.

Está situada al norte de la Ciudad de Santiago de Cuba, a larga distancia, y en el camino que conduce a Holguín. Se respalda la posesión por el Norte en un monte enmarañado y tupido, pedregosos en algunos puntos, pero tan terrible como los de Remedios, arsenales misteriosos de Carrillo y Serafín Sánchez, y posee al mismo tiempo algunas cuevas y cavernas capaces de facilitar alojamiento a algunos hombres, y conocidas solamente de nuestros hombres de confianza.

Ocupado el asiento de la mencionada finca por un campamento enemigo, bien guarnecido y mejor abastecido, que servía de proveeduría y descanso de las columnas y guerrillas, siempre en activas operaciones en aquella zona, me ocurrió un día que tal vez no sería difícil apoderarnos por sorpresa de aquel puesto, que nos daría abundantes y buenos elementos, y lo que es más, quitaríamos de aquel centro tan perjudicial como peligroso estorbo.

Para poder llevar a cabo con algunas probabilidades de éxito, operación de tanto riesgo, era ne-

cesario estudiar bien y muy de cerca la posición, y no queriendo confiar a otro tan delicado encargo, me propuse yo mismo ejecutarlo. Con tal propósito y acompañado de tres hombres de mi confianza, Juan Millares uno de esos, salí una tarde de nuestro campamento situado en los montes de Barranca, a dos leguas del punto objetivo, y pretextando que salía a ver a mi esposa oculta más al interior del monte. Para inspeccionar o explorar mejor, con más seguridad y menos peligros el campo enemigo, la hora más propicia era al rayar la aurora, pero es preciso tomar puesto con bastante antelación. Mientras se despereza el soldado se puede ver mucho: luego el soldado, el centinela que en la madrugada oscura ha estado vigilando sin novedad, no la espera al comenzar el día y sólo piensa en su relevo y en el café. Siguiéndome por estas reglas procuré estar a la caída de la tarde en el monte cavernoso de Miranda. Allí, en efecto, llegamos a buena hora, y al internarnos para buscar un buen puesto para dejar mi caballo, Juan Millares, que era todo ojos, oídos y nariz, dijo:

—Me huele a candela—. Y cuando él nos advirtió eso, entonces nos olió a los demás.

—Efectivamente —repuse yo—, Juan, veamos eso y no nos fiemos de una celada.

Cuando nos preparábamos para hacer una pesquisa alrededor de nuestro campo, divisamos por el claro oscuro de la espesura del monte, una especie de espectro o fantasma, que a paso muy lento se dirigía rumbo a nosotros, apoyándose en un palo largo.

—¡Quietos! —dije preparándonos— y mucho ojo para ver si alguien más viene detrás.

A medida que el espectro se aproximaba a nosotros, tomó las formas de un hombre viejo, enfermo y extenuado, casi un cadáver, apenas si tenía un andrajo que le cubriese las partes pudorosas. Mi primera idea fue, que de seguro aquel viejo negro, que tal vez no sabía hablar, ya, sería un cimarrón antiguo de aquellos que preferían a la esclavitud los riesgos del arranchador y de los perros de presa, y se refugiaban en las montañas o en los grandes montes.

—¿Quién eres tú? —le dije una vez llegado a nosotros, y con acento claro y despejado me contestó:

—Yo soy Eduardo, un viejo negro de los que estábamos con el general Mármol. No lejos de aquí le enterramos. Con su muerte todos nos dispersamos y yo triste y enfermo, me refugié en este monte. Por allí tengo mi cueva donde vivo.

—Entonces ¿conocerás bien todas esas cercanías de Miranda?

—Como la palma de mi mano.

—Pues me servirás de guía, quiero ver de cerca ese campamento.

—Es inútil —me contestó—, no puede ser hoy, pues ha entrado mucha gente.

Entonces para quedar cerciorado ordené a Juan, fuese con otro número lo más cerca posible, sin dejarse ver, a saber lo cierto. En efecto, al regresar éste, confirmó la noticia. Una columna de tropa de las tres armas acampaba allí.

Quedó sin efecto mi exploración, y dejé instrucciones al viejo Eduardo, tanto para el espionaje como para que hiciera todo lo posible por comunicarse con

algún camarada que tal vez habría en el campamento enemigo, teniendo yo buen cuidado de mandar a recoger las noticias.

La importancia de Miranda databa desde muy atrás: siempre había sido acampadero de los patriotas, por cuya razón se habían librado allí algunos combates.

Es el punto céntrico, y el mayor general Donato Mármol había fijado en él su cuartel general. Allí murió tan insigne patriota, mi primer compañero en aquella guerra, y allí están depositados sus restos.

Como he dicho antes, la campaña se embraveció, si es permitida la comparación, a la manera de huracán furioso que intranquiliza o ensorbece al mar. No permitiendo que nadie se estuviese quieto, yo era el primero en moverme, por eso y porque luego pensé que aquel infeliz viejo negro, enfermo y extenuado y por consiguiente inútil, poca cosa haría de provecho no me ocupé más de él. Sus días debían estar contados, pues los alimentos que a duras penas podía proporcionarse por aquella vieja estancia abandonada, tenían que ser muy exiguos. Su muerte era segura e ignorada en su caverna oscura, o cogido infraganti y rebelde liberto, por España, escarbando un triste boniato y allí mismo ejecutado. Los procedimientos en todas las guerras son tremendos: de otra manera no pueden ser, no obstante la benevolencia de los directores. Pero en la de Cuba eran terribles. Y así son mejores para acabar más pronto. No hay que tener miedo. El decreto de Trujillo lo hizo todo.

Volviendo a mi viejo Eduá. ¡Pobre e infeliz esclavo! —pensaba yo—. La libertad le alcanzó de-

masiado tarde. ¡Qué destino! Lo ha sacrificado más bien que redimido. ¡Morirá desamparado y solo! Y yo seguí marchando sin ocuparme de aquel cadáver (tampoco me era posible), ni de Miranda. Pero me dije: «voy a ver si logro que el enemigo, no sólo abandone este puesto, sino otros más. Probemos a obligarlo».

Serían las nueve de la noche tempestuosa del día en que me ocurrió esto, cuando mi secretario, que lo era en aquellos días el Comandante Vicente Pujals, patriota sin igual y más sufrido que Job, —tomo segundo de Enrique Collazo— me avisó que estaban extendidas varias órdenes y que sólo esperaban mi firma para despachar.

Firmé y en seguida partió un hombre protegido por la oscuridad, al que se le dijo: «Cuidado con descansar». ¡Qué hombres aquellos!

Diez días después estaban concentrados nuestros batallones en las casi inexpugnables posiciones de la «Galleta» y los batallones más bravos del enemigo, entre ellos «San Quintín», que nutrieron las filas del ejército español en Cuba, allí quedaron fusilados.

Así son las cosas. La verdad histórica ante todo. Yo no pude llegar a tiempo y por eso fue deshecho «San Quintín».

Yo necesitaba mucha gente entera y a tenerla, el combate se hubiera excusado.

Pero ¿quién iba a convencer a Prado, a Maceo, a Paquito Borrero, a Moncada, a Mayía Rodríguez, a Marín y cincuenta oficiales más, bravos y resueltos, de que no convenía batirlos allí? ¡Ah! Cuando evoco estos bélicos y grandiosos recuerdos,

apenas me puede dar explicación del Zanjón a pesar de saber muchas cosas cubanas.

Aún no despejadas las hondonadas de aquella agreste montaña, del humo de tan terrible combate, que se resolvió cuerpo a cuerpo a favor de las armas de la República; aunque enteros los cadáveres de los bravos de «San Quintín», allí abandonados y ya estaban enseñoreándose nuestras huestes en la rica y española comarca de Guantánamo. La destrucción del famoso campamento de la Indiana dejaba franco y seguro nuestro centro de operaciones, y nuestro ejército provisto de todo lo más necesario de que había carecido en absoluto.

De ahí el inútil esfuerzo de Martínez Campos, el General español más bravo y astuto que nos combatió. El General llegó tarde, ya conocíamos el terreno y los recursos eran nuestros.

De ahí deduzco que Cuba será de los cubanos a la hora y punto que ellos quieran. Un querer y un rifle. Esto lo venden baratísimo los yankees.

Los partos más felices son aquellos que se hacen menos acomodaticios. Para una cosa solamente debemos pensar mucho los hombres, para hacer el mal.

Es verdad, dejamos casi abandonada la jurisdicción de Cuba, pero en su vecina la de Jiguaní estaba Calixto García con su brazo aún vendado sosteniendo la combinación. ¿Pero cómo lo hizo?

Un hombre enfermo y herido yendo a buscar a su atrincheramiento a los españoles. ¿En dónde hubiese estado un General español en idénticas circunstancias y de los méritos de aquél? En el Palacio del Capitán General en La Habana, o en la Quinta de los Molinos, que según me explicó

un día de campamento, Pepe Urioste, era espléndida. Yo no la he visto.

Las comparaciones, además de ser odiosas, tienen mucho de vulgar, pero algunas veces son necesarias u oportunas, y entonces se deben perdonar. Esa es la verdad histórica, lo digo por si en un momento de ofuscación se me pueda suponer apasionado por Calixto a quien nunca podré dejar de amar, aunque viva en España siendo Cuba esclava. Existen lazos entre los hombres que se han comprendido, que ni las circunstancias más poderosas y potentes en apariencia pueden romper. La nobleza de pensamientos y alteza de miras se levantan siempre por encima de las pequeñeces de hábito o de carácter. No sé si me explico bien.

Inaugurada del modo que queda explicada la campaña de Guantánamo, forzoso me fue volver la cara a la jurisdicción de Cuba. Lo sentí, estaba hastiado de hacer todos los días lo mismo en los idénticos lugares. Lo monótono en la paz es abrumador, pero en la guerra es insoportable. Un mensajero de la «Guardia secreta» (ese es otro misterio) me entrega un pliego, era del general García Iñiguez. Me avisaba de la llegada al territorio de sus operaciones de los Supremos Poderes y que por orden del Gobierno pasase allí a conferenciar.

Al siguiente día, después de haber nombrado al teniente coronel Antonio Maceo, Coronel en comisión (esto quiere decir que aún no tenía un coronel para dejarlo jefe superior de operaciones) me puse en marcha. Con poca gente y de pie ligero, a la cuarta jornada fui a pernoctar a Miranda. Los españoles lo habían abandonado como también a Mayarí

Abajo, Jaragüeca, Piloto y muchos lugares más que ahora no recuerdo.

Yo hubiera podido pasármela esa noche sin avanzadas, no había peligro.

A muchas leguas a la redonda no había españoles.

No encontrándome ya sino a una jornada bien andada de la residencia del Gobierno, me propuse no madrugar, pues me sentía molido de cansancio, y fue así que hubo tiempo para que se me estuviera espiando mientras yo dormía.

«Los montes tienen ojos», dice el refrán, y eso no deja de ser una verdad.

Muy al amanecer me envió el Jefe de la avanzada principal, un hombre de color, un liberto, de estatura y formas de Hércules, que se le había presentado.

—¿Y tú quién eres y adónde vas?

—Yo soy Simón y vengo del campamento.

—¿Qué campamento? —repuse yo asustado.

—Donde mi amo dejó a Eduá.

—¿Eduardo vive? Anda, corre, dile que venga.

Media hora después se me presentó el viejo Eduardo, el liberto desamparado, el abandonado de todos, menos de Dios, ya repuesto, ya otra vez hombre, rico de fuerzas y rebosando de fe y contento.

Le acompañaban tres hombres más, con Simón. Le tendí la mano a aquel hombre y él se conmovió.

—Vacía ese saco— le dijo a uno de los suyos.

—¿Y eso qué es, Eduá? —le dije creyendo que eran golosinas.

—Doscientas cápsulas, General, que hemos recogido en ese puesto abandonado, y aún tenemos en nuestro campamento (esto lo dijo con orgullo) ropa, galleta, tocino, y otras boberías.

—Cuéntame bien cómo ha pasado todo —y entonces dijo:

—Cumpliendo la orden que usted me dejó, desde aquel día me puse largas horas en acecho en estas cercanías para ver si podía verme con algún negro como yo. Pasé muchas horas crueles de hambre y de sustos, hasta que un día logré que éste, Simón, me viera y se acercase, y como él y sus compañeros deseaban coger el monte, pero no se atrevían a salir por no ser prácticos de por aquí, pronto nos entendimos y todo quedó arreglado. Ellos me dijeron que pasaba alguna cosa grande y que creían que los *gringos* se iban a ir de aquí, pues habían venido muy de pronto a llevarse muchas cajas de parque que tenían en este campamento. Desde ese momento nos pusimos en acecho y apenas ellos salieron entramos nosotros.

Me hizo gracia la entusiasta conclusión de su relato, pues tal parecía que había tomado el campamento por la fuerza.

Momentos después continué mi marcha con cuatro hombres más, de alta, en mi pequeña escolta. El comandante Marín anotó sus nombres: Eduá, Simón, Polo y Tacón. Sigamos, pero primero un poco de geografía mambisa.

Del asiento de Miranda, desde donde yo partí en aquella mañana al paso del Cauto, por Barranca, habrá aproximadamente hora y media de marcha. Este trayecto, de terreno llano y firme, era entonces pobre de vegetación montuosa, se componía de maniguas o matorrales, testimonio en Cuba de viejas tierras de cultivo abandonadas; pero una vez vadeado el Cauto y siguiendo rumbo franco al Oeste,

que era mi itinerario aquel día, una vereda tortuosa (vereda mambisa), conduce al viajero por el centro de un espeso monte fresco y seguro, de árboles corpulentos, que forman con las enredaderas preciosos pabellones y cortinajes lindísimos. Ese monte mide por su parte más estrecha cuatro leguas, las mismas que yo tenía que caminar para llegar a un lugar nombrado «El Bejuco», residencia de los Supremos Poderes, en aquellos momentos.

Internado un poco, y a orillas de un manantial (Catunda) de fresca y cristalina corriente, dispuse hacer alto para tomar algún descanso y alimento. La menestra no era abundante, y dispuse que los recién incorporados saliesen por allí a ver si conseguían *jutía*, a excepción del viejo Eduardo, que por intuición pensé no sería muy leído en asuntos culinarios.

Desde que la brillantez de las acciones de Juan Millares, y por ellas las distinciones militares y sociales con que la patria le honró, me privaron de sus servicios personales, yo estaba sufriendo por ese lado. Verdad es que difícilmente hubiera encontrado el sustituto de Juan. Yo lo pasaba como Dios quería y me resigné buenamente al servicio de cualquiera. Tenía a la sazón de asistente a uno nombrado Manuel, liberto, puntual, listo, sin miedo, oficioso y sin pereza; pero con el pequeño defecto de que se servía él primero que servirme a mí, me dejaba el ala y se tomaba la pechuga. En cuanto al café, mi bebida favorita, de seguro que si el mal espíritu viraba la cafetera, la parte derramada era la mía y no la suya.

Un asistente no es un ente vulgar, de cualquier parte y de cualquier ejército. ¡Oh!, la servidumbre,

aun largamente remunerada, siempre me ha pa-recido tremenda. ¡Cómo será a bayoneta calada! ¡Y en campaña? El asistente es un amigo, pero en aquella guerra de Cuba era un bienhechor a todas horas. Para poder tener una idea de eso es necesario haber estado allí, haber pasado el Rubicón.

Aquel que tenía necesidad de un asistente y no lo tenía o lo tenía malo, inútil o inepto, ese sufría, sufría mucho. Llegar (eso de llegar era serio allí) cansado, fatigado, molido, con hambre, el agua calada hasta los tuétanos y en noche tenebrosa, y en un «santiamén» y como por encanto ver fabricado un rancho, después tendida la hamaca, e improvisar la cama, vivo y calentador el fuego, lista la comida aunque fuera un boniato, y después venga el café aunque fuese amargo, que es mejor y luego que llueva, y departir con el compañero, de hamaca en hamaca, de cosas de la guerra y de la patria... A comentar las peripecias extrañas y fabulosas del triunfo conseguido por la mañana y burlarse de la desgracia en la derrota sufrida por la tarde...

Todas estas cosas las saboreábamos acariciados por la puntualidad oficiosa del asistente, por su infatigable asistencia.

Compañeros tuvimos que mucho sufrieron porque su carácter les obligaba a cambiar con frecuencia de ese servicial, y eso es lo peor que puede suceder porque no hay lugar a la reciprocidad del cariño; pero hubo otros a quienes siempre les conocí uno mismo. Tomás Estrada Palma fue de éstos. ¡Pero quién no vive con don Tomasito?, como le decían los asistentes y los que no lo eran.

Mas tengo que advertir una circunstancia muy importante, y es, que no era lo mismo ser asistente

en Oriente que en otra parte, como no es la misma cosa ser esclavo en un ingenio que en un cafetal. Ser esclavo es una desgracia, y soportar ese yugo en un ingenio es la suprema desgracia.

Para el asistente oriental la tarea era más dura por varias razones: por lo fragoso del terreno, en que la carga tenía que ser más pesada o molesta, puesto que conducía lo suyo y lo de su Jefe; por la necesidad de buscar y conducir provisiones para dos, y por otras razones de no escasa importancia.

Atizaba el fuego el viejo Eduardo y en pocos momentos ya estaba listo el café. Yo observaba los ágiles movimientos de aquel hombre canoso, y cierto cuidado y pulcritud en el oficio, y eso me llamó la atención.

—¿De qué lugar eres, Eduardo? —le pregunté.

—Yo era del cafetal «San Juan», Guantánamo. Al principio un tal Rendón nos sacó de allí y yo salí muy triste porque dejé mi mujer y dos hijitos, después me consolé con la guerra. En el Cauto por poco no queda uno de nosotros y yo llegué a ponerle la mano a un cañón. Después lloré otro día en la cueva, pues creía que iba a morir y me vino a la cabeza mi mujer y mis hijitos.

Aquella relación hizo sentirme interesado por aquel hombre. Un momento después regresan los monteros de jutías diciendo: «No hay».

—Sí hay —repuso Eduardo con viveza, y como hubiese a diez pasos de allí un gigantesco cupey, a él se dirigió y buscó algo por el suelo. Yo lo comprendí: rebuscó y levantando una hoja y con ella en la mano encarándose a Simón, le dijo:

—Aquí hay, mira esta mancha algo parecida a sangre, esos son sus *miaos*, buscarlas arriba.

Eduardo jefiaba, derecho natural de la superioridad intelectual, y había nombrado a Simón su Teniente. Simón le obedecía sin replicar; no hay para qué decir que también lo hacían ciegame, Tacón y Polo. Su edad madura, sus timbres de viejo mambí, su mano tendida para sacarlos a las selvas libres, y luego un poco de mejor intelecto: no es extraño que aquellos hombres consideraban al viejo Eduardo como su protector y maestro. Y en realidad lo era.

El cupey (puede haber algún cubano que no lo conozca, y voy a pintárselo) es un árbol corpulento, gigantesco, tiene mucho de parecido al catalán, amo de la tienda de campo en Cuba, con la pequeña diferencia que el cupey casi siempre sobrevive poco a la muerte de su víctima, su castigo no es dilatado, no profundiza sus raíces y el viento se encarga de la ejecución de la sentencia. El catalán muere, pero su prole vive después alegre y contenta frente a frente de la choza del veguero pobre, sin dinero, y su deudor eterno. Parásito el cupey, sus cuerdas son enormes y bajan hasta el suelo, donde en vano tratan de arraigarse lo suficiente para sostener aquella inmensa arboleda, pues semejan a lo lejos un montecillo.

Obedeciendo Simón al superior mandato del viejo Eduardo, se asió a una de aquellas cuerdas y principió la ascensión, mas apenas adelantó quince pies se detuvo y respiró, quiso proseguir y no pudo, y entonces se dejó rodar hasta el suelo, exhalando un resoplido algo parecido al del caballo. No sé si aquel acto de imposibilidad física de su Teniente indignó al viejo Eduardo, lo cierto es (yo me quedé espantado) que tirando con enfado su sombrero viejo,

despojo de un soldado español, y sin decir una palabra agarró la cuerda y cual un experto marino que maromea por los mástiles de su barco, así aquel hombre de 60 años, sin detenerse un instante, subió al árbol perdiéndose entre la espesura de su follaje.

Un momento después cayó herida de un machetazo una jutía y por la misma cuerda que subió se deslizaba el viejo Eduardo.

No hay que decir que el almuerzo fue espléndido. Llegada que fue la hora de marchar, proseguí, y a la caída de aquella tarde fresca y dichosa, llegamos a la residencia de los Supremos Poderes de la República de Cuba.

La historia de Cuba, y sobre todo aquel brillantísimo período del 68, no se puede profanar relatando los sucesos de cualquier modo, impulsado por el mero deseo de escribir. No; cosas son esas respetables para nosotros —por lo menos así me lo dictan los impulsos de mi conciencia— y por esa razón digna y levantada no debo (y lo dejaré para otra ocasión) ocuparme en este episodio de los interesantes e históricos detalles de mi confianza con aquellos hombres que representaban lo más selecto de la revolución. Perdónenme esta frase los que se supongan más demócratas que yo.

Se encontraba allí el presidente Carlos Manuel de Céspedes con su E. M., la Cámara de Representantes entera y verdadera, y el Brigadier entonces Calixto García Iñiguez con todos sus oficiales, vencedor de la víspera sobre las trincheras de Jiguaní.

Sigo, pues, mi sencillo relato por gratitud a mi viejo asistente, y ojalá pudiera yo ser tan feliz como fue Dumas, para decir tanto y tan bien sobre la tumba de aquel servidor mío, como dijo él a la me-

moria del mulato dominicano que le enseñó a conocer las letras siendo aún muy niño en los baños de no recuerdo dónde.

Seguía la guerra con todas sus peripecias sangrientas, con sus bruseas alternativas sorprendentes. Un día, poseídos de incomparable satisfacción de alegría (como los niños) victoriosos sobre el campo de batalla, al otro, sorprendidos y fatigados en retirada comprometida, con varios compañeros heridos y siempre salvados, al siguiente, dando vivas a la patria encima de las trincheras enemigas al romper la aurora, tomando el campamento por asalto y por la noche apesarados y tristes a la noticia de capturas de amigos y compañeros como Antonio Luaces. Pero siempre en medio de ese constante vaivén de los sucesos, de ese flujo y reflujo de cosas graves y serias, como el mar, aunque arriba tenga estrellado el cielo.

Sentíamos en el alma la esperanza más pura en el triunfo, hasta que sonó la hora menguada de la tregua...

El viejo Eduardo siguió conmigo, y está de más decir que nos llevábamos muy bien. Generalmente se cree que la juventud es la edad de los amores; así sea, pero en la edad madura los afectos son más puros y duraderos. Mientras más se acerca el hombre a su fin, más se descarta de lo superfluo, y se va quedando con lo útil, lo positivo. Por eso alguien ha podido decir que «no hay anciano sencillo».

El viejo Eduardo sustituyó, con gran provecho mío y en perjuicio de aquél, al malicioso y poco considerado Manuel, y éste pasó de alta a las filas de lo que llamábamos convoyeros. Este fue otro cuerpo, gran auxiliar, que bien merece un episodio

aparte escrito por una pluma como la de Ramón Roa o Fernando Figueredo.

Atento siempre a la buena organización, pues soy de los que creen que sin ésta no se anda seguro y derecho, ni aun en el cielo, organizar me propuse.

De las tareas que cuestan fatigas y disgustos, la de organizar está en primera línea. Cuando se dice «fulano es organizador», ese tiene que ser muy hombre y organizar allá entre nosotros, eso tenía tamaños bigotes. Como era natural, para mi procedimiento me apoyé en la ley. Aquellos hombres nos la dieron para todo. Por ejemplo, un Mayor General con el mando de tropas, solamente tenía derecho a cuatro asistentes, y después así relativamente en escala descendente hasta el Alférez.

Tenía necesidad de dar el ejemplo y dije: «fuera convoyeros, y venga la Ley», y fueron mis cuatro números: el viejo Eduardo, Simón, Tacón y Polo. Dije antes que las organizaciones proporcionan disgustos y a mí me proporcionó ésta más de uno.

Como yo tenía mi esposa, puse dos a su servicio, a Simón y Tacón, y por supuesto, el viejo Eduardo se quedó conmigo teniendo por auxiliar a Polo. Había muchos jefes y oficiales que tenían un número excesivo de asistentes y convoyeros para ellos y sus queridas, y aunque la época en que por la carencia de recursos de boca se tenía necesidad de ir a extraerlos de lejanas zonas, podía estar justificado este abuso que nos privaba del servicio de algunos cuantos hombres para las armas, no era así en la actualidad, porque la posesión adquirida por la fuerza de las armas de la rica comarca de Guantánamo había acabado con nuestra miseria.

Por fin, después de una gran lucha algo pude hacer en ese sentido.

El viejo Eduardo, sin perderme «ni pie ni pisada», lógico y natural fue que al llevarme mi destino a otras regiones fuera el primero en preparar el *jolondo*.

Debía pasar al Camagüey y me puse en camino, pero ocupada mi mente en asuntos de grave importancia, no me ocupé durante la marcha, ni aun después de llegar al Camagüey, de la situación en que iba a encontrarse mi viejo sirviente, y que había que montarlo allí para que me pudiera ser útil. Y fue así que al moverme el primer día al frente de algunos escuadrones, me encontré al viejo Eduardo todavía de infantería, y forzoso me fue dejarlo por allí con gente acampada hasta mi próximo regreso.

—¡Ya usted, mi General, me va a dejar! —me dijo muy apesarado.

—No, Eduardo, volveré pronto y seguirás conmigo.

Pocos días después el viejo Eduardo era caballero en una hermosa mula bien aperada y que él cuidaba con esmero.

Todo nuestro reducido equipaje lo llevaba en un pequeño serón, así como jamás faltaba un trozo de carne asada, que muchas veces después de una fogosa carrera y debido al sacudimiento, aparecía confundida con algunos zapatos viejos, riendas de frenos ya desechados u otros cachivaches que somos los viejos muy dados a conservar.

Además, el viejo Eduardo portaba terciada una valija tremenda que contenía todos mis papeles y libros y que pesaría 15 libras aproximadamente. Aquel hombre viejo, en las horas de refriega, era necesario que el lance fuera muy comprometido para

que se retirara a larga distancia, por más que yo, en tono de reconvención cariñosa, le decía:

—Eduá, si me pierdes la valija te fusilo.

—No, mi General, no se perderá —me contestaba.

Como por cualquier circunstancia, por un mal paso del declive del terreno, para desviarse para desechar un árbol caído, una zanja, un pozo, en fin por cualquier tropiezo que implicara retardo, todos los combatientes no pueden ir apareados en una carga contra el enemigo, sucedió muchas veces que el viejo Eduardo, sin tener en cuenta estos detalles, gritaba detrás a hombres muy valientes:

—¡Adelante, esa gente no ve que los jefes van allá!

Y como nuestros soldados lo conocían, aquel mandato más bien les hacía gracia que molestarlos, y después en la quietud y solaz del campamento a la sombra de los palmares celebraban los arranques bélicos del viejo Eduardo.

Pero sucedió un día que me hizo pasar un gran susto y sufrir una pena. Lo contaré.

Invasadas por nuestras tropas Las Villas, quise en uno de los viajes que hice al Camagüey, llevar mi esposa que ya había hecho venir de la de Oriente, para aquella comarca. No teníamos más hijos que a mi Clemencia, de tres años de edad. Dos o tres familias de gentes de Las Villas quisieron aprovechar mi pasada para irse conmigo y me dio pena negarles mi amparo, así fue que se formó una impedimenta delicadísima. El paso de la Trocha solamente constituía un peligro: en aquellos días estaba muy reforzado y vigilado. Los españoles trataban de impedir a todo trance el paso de los batallones orientales que yo había pedido para reforzar el ejército invasor y concluir de una vez. Llevaba yo un buen

práctico, Tranquilino Cervantes, además un croquis minucioso de toda la línea. La gente que me acompañaba no pasaba de quince hombres, eso sí, quince leones. Uno de los oficiales del E. M. era el coronel Enrique Mola. Cuando llegamos al punto designado para el paso, era ya la caída de la tarde, hora esperada de intento. Mientras aguardábamos a que cayera más la noche para que la oscuridad protegiera nuestra marcha y de este modo evitar la persecución de fuerzas muy superiores de que el enemigo podía disponer, se oyó un toque de corneta, punto de atención sobre nuestra izquierda, y que a seguida fue contestado en la derecha. Nuestro paso fatalmente, tenía que ser por entre dos campamentos casi a la vista uno del otro. La situación era crítica por lo impedimentado que iba en aquella marcha, si como era cuerdo creer, aquel toque significaba que el enemigo nos había descubierto el paso, que se hacía difícil si no imposible y podíamos ser perseguidos.

Incontinenti ordené al coronel Mola que acompañado del práctico y un hombre más se acercase lo más posible sin dejarse ver, al punto de donde primero partió el toque, en averiguación de lo que pudiera ser. El coronel Mola partió y yo esperé. Quince minutos después estaba de vuelta. Una gran columna estaba entrando en el campamento, y a consecuencia de eso se repitió el toque. Entonces me dije: mejor, aprovechemos la ocasión, el descuido es consecuente, pero es preciso no dar tiempo a que los soldados se desparramen, y organicé la marcha. Hice entonces que el viejo Eduardo tomase de los brazos de la criada a mi Clemencia ya dormida.

—Cuidado, Eduardo —le dije.

Ya oscurecía, y no contando conque de la parte opuesta el paso estaba obstruido por muchos yareyes derribados para su aprovechamiento, nos fue forzoso cargarnos hacia la derecha, pero lo hicimos tanto que llegamos a cincuenta varas del fuerte, que rompió fuego sobre nosotros. Ordené en seguida que continuara el práctico con toda la impedimenta y nos quedamos los demás entreteniendo el fuego al enemigo para que no quedara envalentonado. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando siento a mi lado gritando: «¡Viva Cuba libre!» Era el viejo Eduardo haciendo fuego con un revólver viejo y sin cuidarse de que tenía la niña en sus brazos. Las balas enemigas no dejaban de ser bien dirigidas, pues los enemigos tomaban por blanco el relampagueo de nuestros disparos.

—¡No seas bruto, Eduardo! —le grité, qué sé yo con qué voz.

En seguida nos retiramos. A poco encontramos a mi esposa, que desesperada y loca volvía en busca de la niña que juzgaba ella que seguía detrás. Alcanzamos la demás gente y continuamos la marcha para poner distancia entre nosotros y aquel enemigo, que si no a aquella hora, muy temprano podía perseguirnos. Como a la media noche, la luna se elevaba a su mayor altura, hice alto en un gran potrero, se exploró el campo a la redonda y acampamos. No fue suficiente todo el tiempo que duró la marcha para calmar mi disgusto con el viejo Eduardo. Tampoco la diligencia y asiduo cuidado en preparar la cena a algunos pasos de donde yo con mi esposa y los oficiales comentamos el hecho. Aquello me tenía mortificado, lo llamé y con acento de cólera le dije:

—Eduá, ¿cómo te atreviste a hacer aquello contra mis órdenes, exponiendo a mi hija?

Y aquel viejo, con la sinceridad de un gran corazón, me contestó llorando:

—Se me olvidó, General, que yo llevaba a Monchita. (Así le decía él.)

—Lo creo— le dije.

Quedé desarmado de mi enojo, y añadí:

—Pues no te apures por eso y anda, apura el café.

Al rayar la aurora de aquel día despaché el práctico con la impedimenta a esperar en lugar seguro y me quedé retrasado con la gente de pelea.

No hubo novedad. ¿Y cómo la había de haber si más tarde supimos por las confidencias que la creencia era que yo había forzado el paso esa noche por allá con mil hombres?

El teniente del fuerte que se dio por atacado, ascendió a Capitán. Nosotros dejamos en el campo unos cuantos hombres y caballos según él, y no habíamos recibido ni un arañazo.

Los acontecimientos inusitados de Las Villas me obligaron a volver al Camagüey y volví acompañado del viejo Eduardo.

Las cosas siguieron de mal en peor y sonó al fin la hora fatídica y siniestra del *Zanjón*.

Yo no podía quedarme en Cuba. El general Martínez Campos me hizo ofertas brillantes para los que no piensan como pienso yo, a fin de que me quedara en ayuda de la *reconstrucción* del país como él llamaba eso, sin lo moral. No quise; amé más la miseria cubana que el oro español, y resuelto puse mi rumbo camino del destierro sin más amparo que Dios. En este trance tremendo para un hombre de

ideales reuní al viejo Eduardo, Simón Polo y Tacón y les hablé de esta manera.

—Como ustedes oyen, ya esto se concluyó por ahora. Yo no me quedo aquí pero en realidad no sé dónde iré a parar. Si ustedes quieren correr mi suerte, el mundo es bastante grande y no nos moriremos de hambre; juntos trabajaremos.

Aquellos hombres no podían contestarme, tal era la impresión. El viejo Eduardo fue el primero que entre sollozos me contestó:

—Mi General, yo quisiera irme, pero no sé de mi mujer y mis hijos.

No le dejé concluir, y le repuse con viveza:

—Eduá, la mujer y los hijos no pueden abandonarse sino por la patria; quédate, ese es tu deber ahora.

Aquel hombre quedó tranquilo.

Tacón dijo:

—Yo tenía mi mujer, y me quedo para ver si la encuentro.

—Nosotros somos solos en el mundo, nos vamos con usted— dijeron los otros dos.

Aquella despedida fue tierna. Yo no tenía ni una prenda que dejarles en recuerdo. ¡Estábamos tan pobres! Al darles las espaldas formulé estas frases:

—¡Siquiera he ayudado un poco a romper sus cadenas!

Después de todo eso nos refugiamos en Jamaica. Simón y Polo me acompañaron en los primeros meses a pasar aquellos días terribles martirizados por la miseria y por la injusticia. Simón a poco tiempo se casó con una mujer inglesa de su propia raza, cuyo suegro, que no era muy pobre, lo protegió.

Un día fue a verme y le brindé asiento en mi pobre mesa.

Polo también se separó de mí, se fue a trabajar a un ingenio y lo perdí de vista.

Después de mi desgraciado fracaso, donde hasta las prendas de mi mujer naufragaron, pobre y abatido, nos fuimos a trabajar al canal de Panamá, y un día que me encontraba triste y enfermo se me presentó un hombre en mi cuarto. No lo conocía.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté.

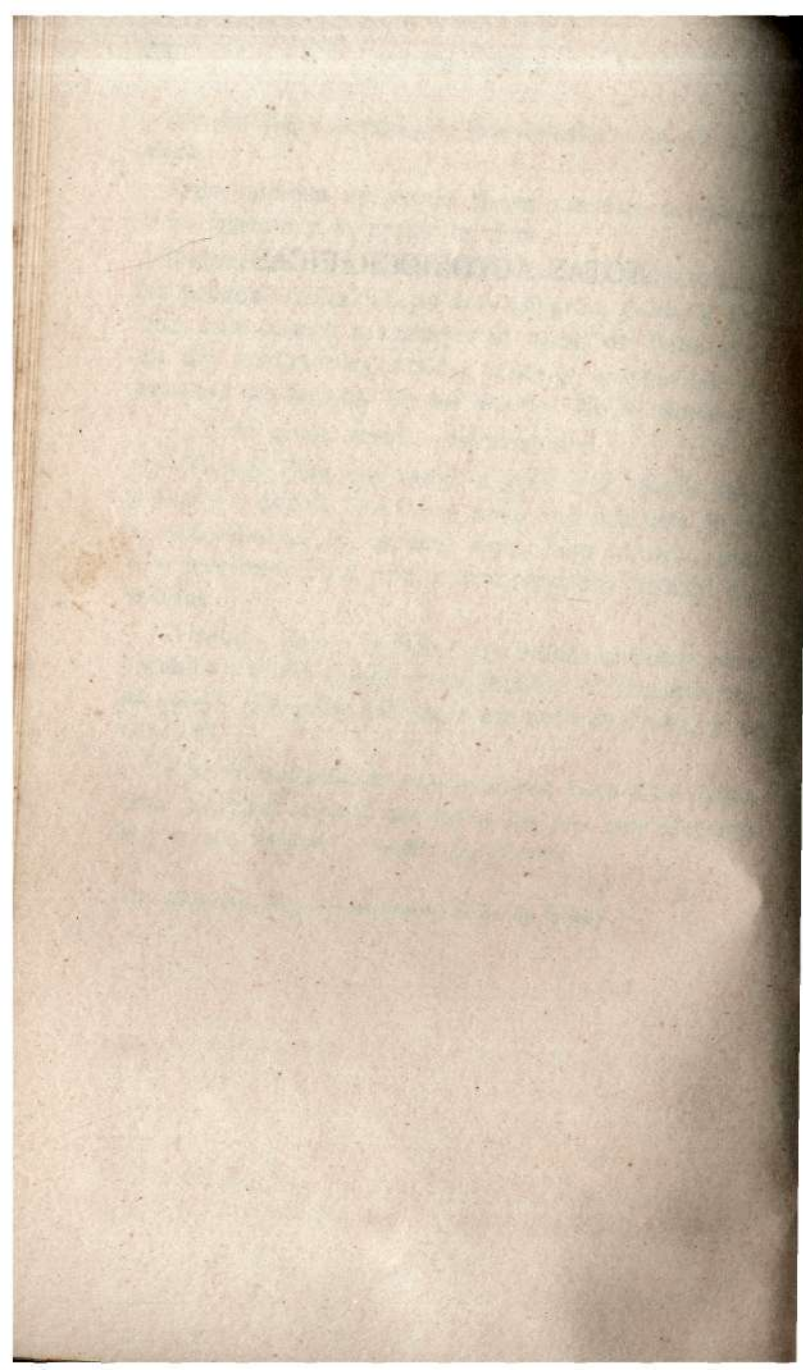
—Yo soy Polo que vengo a verlo y a traerle estos pollos y a decirle que tengo nada más que una mujer y una estancia (o conuco) aquí, bien surtida, para si quiere irse allá y estará bien cuidado. Tendrá dos criados.

—Gracias, Polo —le dije—; yo tendré que irme para Jamaica o morir al lado de mi familia—. Tan enfermo me sentí. Después hablamos un poco de Cuba, y se despidió.

No he sabido más de esos hombres, pero ellos deben vivir y quién sabe si un día a los que nos dispersó la paz nos vuelva a reunir la guerra.

(*La Reforma*, Rep. Dominicana, Julio de 1892)

NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS



No puedo precisar la fecha en que nací, pues por más que busqué personalmente la partida de bautismo en los libros de mi Parroquia, no pude dar con ella; eso quiere decir que desde la cuna empecé a resentirme del descuido de otros con que somos víctimas los hombres a nuestro paso por este Planeta. Pero por la edad precisada en la fecha de nacimiento de contemporáneos míos, y por la tradición conservada en la memoria de mis buenos padres, pude averiguar sin más datos que esos, que nací allá por el año 36.

En cuanto al mes, día y hora siempre he lamentado ignorar tan preciosos datos para mí; que señalan los primeros instantes en que aparecemos casualmente, a ser miembros de la gran familia humana.

Vine al Mundo, y fue mi cuna un pueblecito ribereño del Banilejo (entonces sería un caserío), que le da su sombra: Baní,¹ tierra de los hombres honrados y de las mujeres bonitas y juiciosas.

Se llamaban mis padres: Andrés Gómez y Guerrero y Clemencia Báez y Pérez; dos almas que formaron del amor un templo y un altar, consagrados a la familia. Solamente hubo dos varones en el hogar, el primero, ya hombre murió siendo yo muy niño, y habiéndome correspondido ser el último y único varón entre mis hermanas, me adueñé de todo el cariño y preferencias de padres tan buenos y amorosos.

Corría allí mi infantil existencia, pura y campes- tre puedo decir, y allí me crié e hice hombre. Mi

¹ Santo Domingo, Rep. Dominicana.

instrucción se limitó a la que se podía adquirir en aquel lugar y en aquellos tiempos, «del maestro antiguo de látigo y palmeta hasta por una sonrisa infantil». Sin embargo, conservo recuerdos amorosos y santos de mis maestros, pues nada se quiere tanto una vez pasado el atolondramiento de la vida, cuando ya los años y los dolores han desteñido nuestros cabellos, como el recuerdo de los primeros que nos enseñaron a balbucear las letras. No se olvida jamás ese sabor a pan de almas. En cambio mi educación fue brillante, bajo la dirección de unos padres tan honorables como severos y virtuosos; y lo digo con orgullo, porque si en mi vida azarosa algunas veces me he sentido bien armado y fuerte contra el vicio y la maldad tentadoras, a sus enseñanzas debo el triunfo, por el aprecio con que me acostumbraron a tratar la virtud y por la fuerza de voluntad, que con la palabra y el ejemplo, pusieron en mi entendimiento y mi corazón.

Ya hombre, fuime derecho a parar, a donde por lo general y por desgracia se ha encaminado siempre la juventud de este país, a la política imperante personal o de partidos, en fin al personalismo puro.

No obstante, yo, por esa senda de mis primeros pasos, siempre conservé las normas sanas y severas que imprimieron en mi carácter la pureza y ejemplaridad de mi hogar.

Un suceso extraordinario vino a variar el curso de mi vida, iniciado apenas en los acontecimientos políticos del país; el impulso absorbente y dominador con que la Invasión haitiana amenazaba sojuzgar a la joven República Dominicana, ante cuya perspectiva se aunaron todos los corazones de mi Patria para

rechazar al atrevido invasor. Mi bautismo de sangre lo recibí en los campos históricos de Santomé, la más extraordinaria a la vez que decisiva función de armas contra las huestes haitianas.

Las armas de la joven República salieron brillantemente victoriosas, pero de aquel campo de honor y de gloria salieron los héroes predispuestos y preparados para las contiendas civiles.

Era el año de 1855 y el país seguía hondamente conturbado con sus luchas intestinas hasta 1861 en que confuso y aniquilado cayó en poder extranjero. La República Dominicana dejando de ser lo que era pasa por el trance doloroso de anexarse a la monarquía de España. Tan inexplicable locura más tarde debía pagarse muy cara. Aquello fue un aturdimiento nacional que dejó a la juventud dominicana, huérfana, sin guías ni directores; Santana, jefe de un Partido, capitanea la anexión, pues se hallaba en el Poder; Báez, caído y fuera del país, viste la faja de Mariscal de Campo del Ejército Español.

Se abisma uno al meditar cómo fue que los hombres patriotas y políticos de aquella situación no preveían que la anexión debía traer aparejada una Revolución formidable, aunque España no hubiese venido aquí con sus bayonetas, con sus impuestos forzosos de bagajes, su Bando absurdo de buen Gobierno, sus alojamientos forzados y sus Brigadieres como Buzetas.

No se hizo esperar mucho tiempo la Revolución Restauradora, y el año 1864 le sirvió a España, para después de una resistencia inútil, abandonar el país, que dejaba sumido en la más espantosa ruina y desconcierto, y maligna, arrastró en su fuga a mucha

parte del elemento principal criollo, que más tarde dejó abandonado y disperso.

Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil obscura, porque realmente la Revolución se presentó más que defectuosa, enferma, fui inevitablemente arrastrado por la ola impetuosa de los sucesos, y me encontré de improviso en la Isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas. Era la primera vez en mi vida que abandonaba el suelo natal, y muy pronto empecé a purgar la culpa cometida, con la pena más cruel que puede sufrir un hombre. Me enfermé de nostalgia, a no ser por los cuidados que me prodigaron una madre y dos hermanas amorosas, no sé el fin que hubiera sido de mí. No fue en parte causa de ello el desdén con que en llegando allí, pagó España a sus leales, que ni yo me sentí herido por eso, ni lo contrario nos hubiera dado más honor. Mejor fue así, porque para los hombres de bien no hay deuda más obligada que la de la gratitud.

Por encima de todo eso, que lo consideré como efímero y despreciable, estaban permanentes los recuerdos de mi Valle, de mi Río, de mis Flores, de mis Amigos y de todos mis Amores.

Así viví en Cuba cuatro años, arrastrando una existencia obscura y triste, cargado con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños.

Cuba, país de esclavos; no había conocido yo tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fue así que me quedé espantado al encontrarme

en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal.

Me encontraba en una situación excepcional de espíritu; pobre, sin dinero, sin relaciones valiosas, abatido, aislado entre los hombres. La pena y el dolor buscan al dolor y a la pena para asociarse, los que sufren pronto se hermanan. Solamente las almas degradadas se van a curar de sus quebrantos a la orgía y el festín. Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fue que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres.

En esta situación de ánimo, me encontré con la Conspiración Cubana que ya germinaba en el país, dirigida y capitaneada por sus principales hombres, y para mayor abundamiento, mi residencia era en la comarca en donde también existía el foco principal de la Conspiración, a donde yo había cultivado mis relaciones y me había hecho querer de la gente de los campos. Inútil es decir que en seguida quedé afiliado en la lista de los conspiradores, y sin enténdrmelas con la «Gran Junta» empecé por mi propia cuenta, a hacer preparativos entre mis amigos y conocidos del campo, que desde aquel momento naturalmente procuré aumentar en número haciéndome más popular y dadivoso. Pero así y todo, me encontré en una situación bien extraña y peligrosa, pues el hecho de haber ido yo con los españoles a Cuba fue causa para que algunos de los conspiradores no me tuvieran confianza, y por otra parte las Autoridades Rurales españolas tenían orden de vigilar mis

pasos; pero como estos destinos eran desempeñados, en su mayor parte por gente criolla, a cuyas familias buen cuidado tenía yo de dispensarles mucho cariño y mucho respeto, por lo que logré despertar en ellos tantas simpatías que se sobrepusieron éstas al celo que debían tener por el Gobierno Español.

Como cuatro o cinco meses pasé en esta situación angustiosa y comprometida, pues al ser perseguido por el Gobierno en caso de denuncia, no contaba, de seguro, con el amparo de los cubanos; porque al estado en que habían llegado las cosas, yo era para ellos de todos modos, un hombre peligroso, tan peligroso estando libre como en la cárcel.

El secreto de una conspiración siempre ha constituido un gran peligro para el que lo posee; pero por circunstancias especiales pocas vidas corrían tanto riesgo como la mía durante el período de incubación de la Revolución Cubana; podía, por denuncia ser apresado y fusilado por el Gobierno español y podía ser muerto misteriosamente por desconfianza y por mandato de los conspiradores; partiendo del principio que no se conocen medios malos para salvar de sus peligros a las revoluciones buenas. No obstante, no me intimidó lo crítico de mi posición y seguí recto el propósito, con toda la fe y el entusiasmo de mis 25 años, y enamorado de aquel ideal generoso y noble. Soñaba con Bolívar, San Martín, Robespierre, Garibaldi y toda esa gente loca y guapa, pero soñaba despierto.

Para que la Revolución me encontrara más y mejor expedito, acababa de cubrir con el polvo de la tierra los restos mortales de mi anciana madre. ;Quién sabe, pensé yo enjugándome las lágrimas, si su es-

píritu me proteja y defienda! Mis dos hermanas solteras debían quedar al lado de otra hermana casada. Había quedado huérfano absolutamente, pues el hombre nunca lo es cuando Dios le deja a la madre aunque se lleve al padre o viceversa, yo que acababa de enterrarla a Ella, me proponía tener otra: la Revolución.

No para el tiempo su carro tirado por las horas, él avanza y todo lo termina o consume; nos encontró el año 1868 enemigos encubiertos de España en Cuba, pero no bien organizados, para una lucha como tenía que ser aquélla; mas no siendo prudente esperar más tiempo fue necesario precipitar el alzamiento, y el día 10 de Octubre del mismo año sonó para la esclava Antilla, la hora de la Justicia, de las vindicaciones y de la lucha más desastrosa y cruenta que registra la historia de América.

De un lado apareció un puñado de patriotas republicanos, casi desarmados, sin recursos e ignorantes del arte de la guerra; del otro, los soldados de la Monarquía; 100,000 hombres bien armados y ricos en recursos de todo género y el país subyugado sirviéndole de poderoso auxiliar. En medio de la América libre, en esa desigual contienda así luchamos 10 años, desamparados, solos y pobres.

Narrar los episodios horribles y sangrientos de aquella guerra sin cuartel, referir siquiera fuera a largos rasgos, la Historia grandiosa y sublime de aquella desigual lucha por la Libertad de un pueblo, eso sería más propio para escribir un libro que no para unos simples apuntes personales.

Ocupando yo, desde un principio, puesto elevado en las filas de los patriotas, debido a mis pocos co-

nocimientos en el arte de la guerra procuré ayudar a los cubanos durante aquella batalla permanente de 10 años en su obra de Libertad; con todos mis esfuerzos, resolución, lealtad y abnegación. Durante esa década guerrera, jamás el Sol de Cuba me calentó un día fuera del campamento o del campo de batalla; y cuando por desgracia para la infeliz Cuba, en daño para aquella Revolución Redentora, se entró allí en el período de política interior, y como era natural y lógico, la ambición y la codicia empezaron a ser terribles y funestos rivales del patriotismo puro y desinteresado, yo siempre, tanto con la palabra como con el ejemplo, traté de restablecer la concordia y ayudé a conservar el principio de autoridad para que fuera una realidad la unidad de acción sin la cual es dudoso el triunfo de las revoluciones.

A pesar de tan titánicos esfuerzos, de tantas abnegaciones y sacrificios consumados, la Revolución languidece al fin y de eso nace la idea de la Paz. Cuando se me consultó sobre asunto tan grave, aconsejé tomar la idea como mero ardid de guerra, para ver de lograr la unificación de nuestros elementos disgregados y que de aquella situación surgiera un Gobierno o Directorio para la Revolución, fuerte y enérgico, contando a la vez con el desprestigio en que debía caer el Jefe de Ejército enemigo y el Gobierno General de la Colonia. Cuando todos veían perdida la Revolución yo la veía salvada por ese camino. Concentrados y reunidos todos los patriotas con el fin de tratar de la Paz, de seguro que de lo menos que hubiéramos tratado hubiera sido de eso; seguramente el tema de conversación se inclinaría al mantenimiento de la guerra. La Revolución no sufría

en aquellos instantes más que decaimiento y de ese mal se hubiera curado con la reorganización de todas sus fuerzas vivas; esa operación no era posible efectuarla porque el enemigo no daba tiempo. En un campamento de 100 hombres aislados era posible que la palabra hiciese eco, pero en un campo cubierto de 2 a 3,000 hombres armados, batalladores de 10 años; hubiera sido hasta peligroso verter la frase.

Pero mi idea, que fue acogida al principio, al fin no se llevó a cabo y se fue a parar derecho a la paz. La acepté sin protestar, que no correspondía a mí hacer eso, y ni tomé parte en indicar ninguna otra fórmula. Entendí que mi misión estaba terminada tristemente, pues ella era pelear al lado de los cubanos, y al desear ellos la paz mi presencia estaba de más allí.

En aquella guerra desastrosa de 10 años, había consumido inútilmente el valioso caudal de mi juventud y de mis fuerzas, ahora ya gastado y por todo capital los andrajos de la miseria, era encontrarme parado ante un presente aterrador, teniendo de frente un porvenir tan obscuro como incierto; al lado del pesar por tantos ensueños de gloria desvanecidos, me abrumaba la idea de haber arrastrado a la desdicha que debían compartir conmigo a una mujer y tres hijos, pues me había casado durante la guerra. ¿Qué hacer pues, en situación tan apurada y difícil?

El jefe enemigo, general Arsenio Martínez Campos, rico de oro y rebosando orgullo y satisfacción por un triunfo conseguido a tan poco costo, me hizo ofertas cuantiosísimas para que me quedase en el país *ayudando a su reconstrucción*, pero rechacé con energía todas esas ofertas, pues que no me pareció

digno ni decoroso vivir pacífico, tranquilo y sumiso, a la sombra de la bandera que yo mismo había combatido durante 10 años con tanto tesón como lealtad. El dilema era delicado y serio, donde no cabían términos medios; o resuelto a emprender el camino del destierro hasta morir quizás, con alguna honra; o aceptar del general Martínez Campos su protección y amparo, envainando la espada en Cuba libre para ir a vivir a Cuba española y renunciando de este modo y para siempre de la Revolución, olvidando sus grandiosos recuerdos, confesándome vencido y jurando fidelidad a España; para después de todos estos sacrificios, recoger lo que era natural: el desprecio de los españoles.

Resuelto y sin miedo, dirigí mi rumbo a otras playas cubierto con mi gran infortunio, acompañado de mi esposa y tres niños y sin más amparo que Dios.

La Isla de Jamaica, colonia inglesa, me dio hospitalidad, pero fui como un náufrago arrojado por la tempestad a país desierto, porque de distinta raza y sin saber el idioma, nadie puede esperar nunca nada de los habitantes de aquella tierra, en donde desde el tiempo de sus aborígenes, el mismo Colón por poco se muere de hambre y soledad. El elemento cubano que allí había esperado largos años, que le diéramos la Patria libre, se sintió indignado contra todos los que combatimos 10 años sin poder conseguir el triunfo. No contento el destino con mi precaria situación quiso agregar un nuevo suplicio a mi infortunio, pues pensando encontrar allí amigos compasivos agradecidos y generosos, que me amparasen, es por el contrario gente apasionada y de limitados alcances; vieron en mí el primer factor de la Paz

que concluyó con una guerra a que nunca fueron ellos a ayudar, de ahí que fuese yo el blanco de su injusto encono y desprecio.

En aquella miseria y orfandad abrumadoras trabajo me costó desvanecer tan negra injusticia, y a fuerza de hacer luz y demostrando la verdad de los sucesos ocurridos en Cuba, logré al fin serenar la opinión y que se me juzgase con mas justicia y menos pasión.

No hay mejor consuelo, no hay más firme y seguro amparo, para sentirse uno lleno de fortaleza en las desdichas e infortunios de esta vida, que una conciencia sin mancha y tranquila. En mi desventura, en mi miseria extrema, acosado por el desprecio de los cubanos de Jamaica, pero con mi mente llena siempre de grandes recuerdos; mi familia dispersa, mis compañeros muertos, mis amigos dispersos también, el aislamiento entre los hombres que es más triste que la soledad en el desierto; yo sin embargo sentía una esperanza y un consuelo que me hacían tranquilo y resignado.

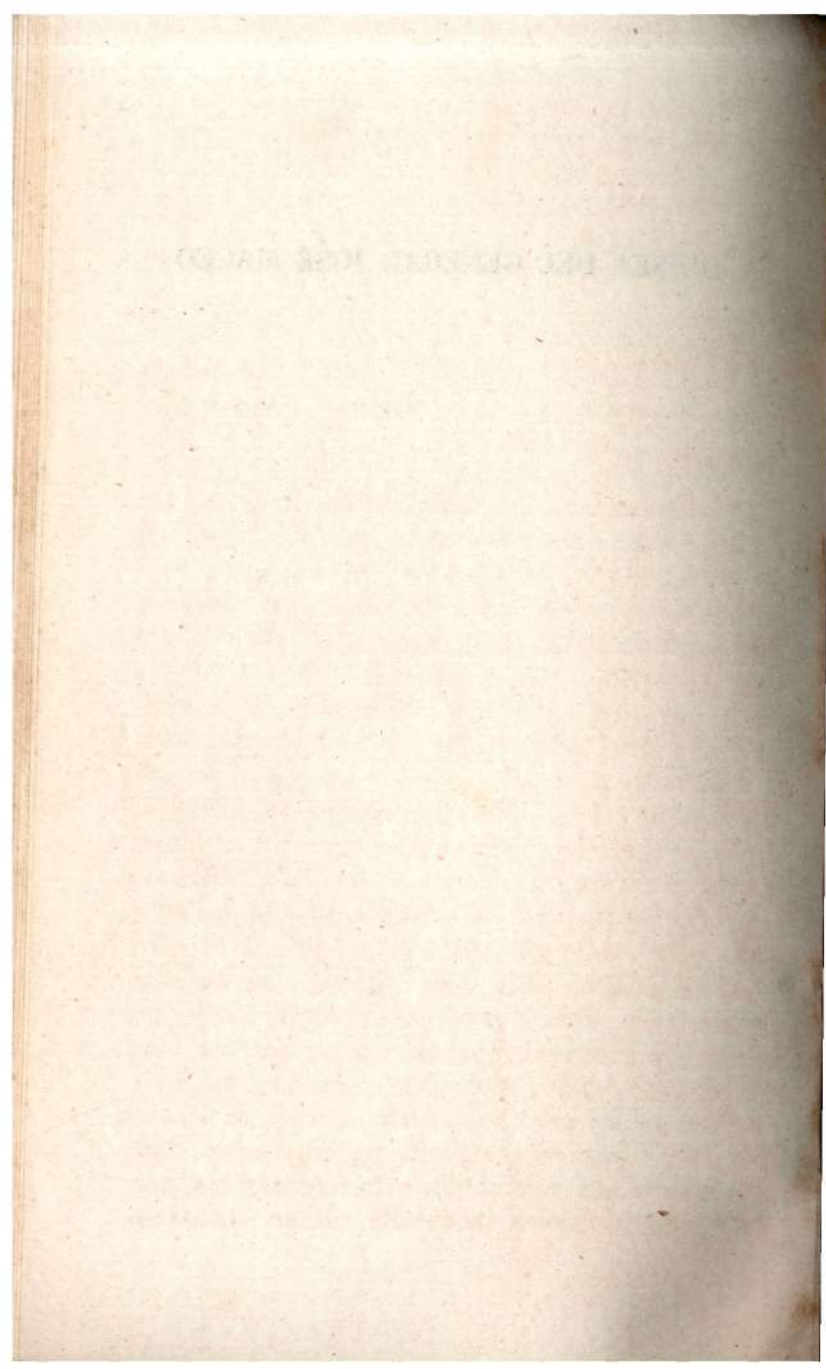
Después, como no hay médico más insigne para curar todos los males, como es el Trabajo, a él me he dedicado con ahinco y no me ha faltado pan para mis hijos.

No se ha rematado la obra, aún vive España en Cuba. Su poder se sienta sobre las puntas de las bayonetas y como ni aun los gobiernos legítimos son eternos, veremos cómo se resuelve el destino de Cuba.

M. GÓMEZ.

Monte-Cristy, Rep. Dominicana, Octubre 20 de 1894.

ODISEA DEL GENERAL JOSÉ MACEO



Altagracia Venero, Julio 27 de 1896.

Sra. Bernarda Toro de Gómez.

Mi amada esposa:

Sin la seguridad que tengo de que todas tus miradas y todos tus pensamientos santos de mujer, y de mujer cubana, se dirigen a tu Cuba: sin la convicción profunda de que a mí te une un mismo fin de honores y de gloria, como dos cabezas que juntas han sentido y pensado sobre la misma almohada tantas cosas de la Patria, no te enviaría estas líneas para desahogar un dolor buscando alivio a una gran pena.

Y es que creo —Dios me conserve esa ilusión— que cuando tú sabes que yo padezco y sufro, es mucho menos intenso el sufrimiento y me siento consolado en las horas tristes de la vida, plagadas de azares y duras privaciones. Me embarga la pérdida del General José Maceo, que murió el día 5 en combate fiero y rudo, como él sabía pelear contra los enemigos de su Patria. He perdido un amigo fiel y un General que deja un gran vacío en las filas del Ejército a mis órdenes. Ha muerto después de añadir nuevas y brillantes hazañas a sus hazañas antiguas que más de una vez me has oído referir y que han hecho interesantísima su historia militar. Jamás ol-

vidaré la situación y el campo en que nos encontramos yo y mis cinco compañeros de expedición con aquel hombre patriota, denodado y sufrido, al pisar esta tierra de Cuba: aquello fue glorioso y sublime. Te contaré lo que tú no sabes y aquí mismo saben pocos.

El General Antonio Maceo, al frente de reducidísimo número de compañeros, entre ellos José, desembarca en pleno día junto a la plaza enemiga de Baracoa. Se arman al saltar a tierra, y manteniéndose siempre a la vista de la ciudad, marchan a ocupar una casa situada en una pequeña eminencia del terreno, posición que juzgó ventajosa para repeler el ataque de que indudablemente sería objeto por parte de la guarnición española. Allí acudieron algunos jefes subalternos que aún permanecían indecisos, a quienes dio sus órdenes y por los que fue informado que en Baracoa hacía su apresto de salida una columna española; confirmadas sus sospechas, aguardaba resuelto: vieron salir de sus trincheras un enemigo diez veces más numeroso y esperaron. Al pisar la fuerza española el pie de la pequeña loma, la mínima línea de combate de aquellos once hombres, la saludó con una descarga, y no apagaron sus fuegos hasta que el enemigo no se retiró a sus trincheras abandonando todo intento de avance; celebraron, pues, su entrada con un combate rechazando al enemigo a las pocas horas de poner pie firme en tierra.

Después se internaron sirviéndole de práctico un hombre que, disgustado o perverso, al tercer día los abandona dejándolos perdidos en lo más intrincado y desierto de las célebres, altas y vastísimas montañas de Baracoa.

Desde aquel instante principió para aquellos veteranos, que a poco se vieron perseguidos por el enemigo, la campaña más desesperada y ruda. Solamente el renombre de los Maceo, los Crombet y los Cebreco, a mi juicio, contribuyó sin duda a que los españoles anduviesen con pies de plomo y aquel grupo de valientes no fuese hecho prisionero y conducido derecho al cadalso. Durante aquella marcha a rumbo el general José ayudaba el primero a dirigirla, y así se continuó desorientando muchas veces a sus perseguidores que perdían a cada momento la pista, mientras ellos adelantaban terreno, hasta que después de varios días de marcha tan incierta como fatigosa llegaron a una casa donde trataron de descansar. ¡En mala hora lo hicieron y ojalá no lo hubieran pensado nunca! Allí fueron sorprendidos por los españoles, y aquellos hombres extenuados, con una carga enorme sobre sus espaldas y los pies ensangrentados, se baten como leones y se defienden cuerpo a cuerpo. Allí es muerto el nunca bien llorado Flor Crombert y algunos caen prisioneros —el General Antonio Maceo se escapa con un grupo que se dirige siempre a la jurisdicción de Cuba, y José quedó solo, peregrino errante en las desiertas costas de Baracoa. Oír de sus propios labios, como nos la contó a mí y a Martí, la historia tristísima de sus trece días de soledad y desamparo; oír aquella narración del episodio más interesante de su vida tan accidentada, y dicho todo con la sencillez de un hombre que no podía rebuscar frases ni galanuras, era sentirse conmovido profundamente, como si se estuviese participando o palpando aquella dolorosa realidad que sin embargo había pasado ya.

Para mayor desgracia y como para poner a prueba más dura su valor y sus fuerzas, el destino dirige su rumbo por una zona sin agua y desprovista de frutas silvestres, y en tal situación, ya el desamparado ha tenido que botar toda su carga que consistía en 400 cápsulas, ropas y en otras prendas de campaña, reservándose únicamente cien cápsulas y el rifle, con el firme propósito de morir peleando. Todo lo demás ya era una carga insoportable para aquel hombre de hierro; José sigue caminando, o mejor dicho, arrastrándose con rumbo incierto; y ya postrado en un estado de extenuación tal, que empieza a sentir vértigos y alucinaciones de que él mismo no podía darse cuenta. Un día —José era gran tirador— siente revolotear una paloma por encima de su cabeza y la ve a buen tiro; pero al preparar el rifle para dispararle le ocurre que un tiro en aquellas alturas podía perderle, pues denunciaba su presencia en las serranías plagadas de guerrillas enemigas. Sin embargo, se dijo: «Morir de hambre es morir; y haciendo esfuerzo por vivir algunas horas más, quién sabe lo que suceda».

Y alentado por esa racional resolución hizo el disparo, y la paloma vino al suelo a sus pies; comió de ella un poco —por supuesto cruda— y continuó su rumbo un tanto más repuesto; así anduvo alimentándose por la esperanza y una que otra fruta silvestre que escasamente encontraba a su paso.

No tuvo tanta dicha que cayera en un camino cualquiera o serventía que lo condujera a cualquier lado; toda la zona que fatalmente atravesaba era montaña virgen a donde se pueden desafiar las furias de ejércitos aliados que siempre se podrá combatir. Yo, después que también atravesé con Martí y com-

pañeros por una parte de esas montañas, les he puesto el nombre de «La Vendée Cubana».

El General José Maceo, ya en la víspera de su resurrección —que así me permito yo llamar su aparición entre sus compañeros—, salió a un camino ancho y trillado; como era natural, se detiene a examinar aquella rastrería y pronto por las huellas de caballos herrados, conoce que por allí solamente transitan fuerzas españolas. Resuelto a emprender su marcha rifle al hombro, paso lento pues apenas podía más, pero con ojo avizor, a todas partes, dispuesto a no hablar sino a morir callado, pero en la lucha, como un león enfermo. Aquel camino, conato de carretera, pues España en cuatro siglos no ha podido atender más que un pedacito de Occidente, lo tomó el General Maceo casualmente hacia el Norte y es el camino que conduce de Guantánamo a Sagua.

Había caminado más de 40 leguas; si te fijas en el mapa las puedes apreciar, si le concedes además las vueltas y revueltas que como extraviado debió girar. ¡Parece mentira que un hombre que no fuera de la madera y el temple de José Maceo pudiese resistir y escapar de situación tan desesperada y difícil!

Lo hemos dejado en mitad del camino y me vas a acompañar a seguirlo conforme a la relación que me hizo él mismo, y que escuché y anoté en mi Diario con sumo interés. Después que anduvo como a distancia de media legua con el dedo en el gatillo de su rifle hizo alto y quiso reconocer sus contornos, diciéndose para sí: «Por aquí he pasado yo una vez», pero nada más y luego continuó en la misma incertidumbre, encontrando a su derecha una vereda poco

trillada y la tomó. Dos o tres kilómetros andados descubrió una casa de aspecto pobre, situada al fondo de una estancia, y oyó el ladrido de un perro, y el canto de un gallo, y a poco la voz de una mujer y de un niño y sintió eso que deben sentir al aproximarse a los seres humanos, los perdidos, los escapados de los naufragios, los resucitados, eso que nadie ni ellos mismos que lo han sentido pueden explicar. Padecemos algunas veces y otras disfrutamos, de emociones tan profundas y serias, que para la honra humana pienso yo no le ha concedido Dios a los hombres sino facultades para expresarlas. Y como todo lo que se pretenda decir en ese sentido siempre será pálido y deficiente, prescindo de intentar siquiera explicar cuál sería la situación de ánimo del General Maceo en los instantes que se percibió de que en aquella casa habitaba gente cubana, sin duda; pero sin saber a punto fijo que pudieran ser leales, adictos o desafectos a nuestra causa. El encuentro era por demás dudoso y comprometido a la vez, pero él tenía que resolverlo y lo resolvió.

Resguardándose por entre la frondosa espesura de un platanal que terminaba muy cerca de aquella vivienda, logró acercarse lo bastante sin ser sentido hasta llegar algunos pasos próximos a ella y allí aguardó un instante al cabo del cual una mujer hizo salida de la casa por la parte en que él se encontraba en acecho; quiso llamarla y apenas pudo articular palabra, pero que causó ruido suficiente para llamar la atención de la señora que con marcado recelo y a instancias de él se le acercó.

Su diálogo de preguntas y respuestas fue breve, pues él, ya resuelto, le comunicó todo en dos palabras, menos su nombre que tuvo la precaución de

ocultarle. La campesina entre asustada y esquivada lo condujo a la casita y le ayudó a sentarse en un viejo sillón que allí había, diciéndole: «Estése usted ahí mientras llega mi marido que no dilata, mientras le preparo algún alimento». Apenas habían transcurrido algunos minutos y descalzado el General los botines, pues tenía destrozados los pies, se presentó un hombre que era el dueño de la casa y enterado por la mujer de lo que ocurría, se dirigió entonces al aparecido y con espíritu espantado le notificó como andaban las guerrillas por todas partes en persecución de los Maceo, ya dispersos; y como prueba de ella la notoria muerte de Flor Crombet, la captura de Corona y compañero y hasta la de Cebreco, y concluyó diciéndole que allí no podía permanecer, pues la aparición repentina de una guerrilla lo comprometía, que las esperanzas eran bien tristes, o mejor dicho, perdidas, pues Perico Pérez apenas contaba ya con 30 hombres, porque todos se habían presentado y los españoles lo perseguían tenazmente; y diciendo así lo invitó a que lo siguiera para ocultarlo en el platanal como a un leproso a quien debía huírsele.

El General quiso ponerse de pie y le dio trabajo hacerlo, tan entumecido se encontraba, mucho menos pudo calzarse los botines, después que sus pies fríos y lastimados se habían adolorido más. El hombre de la casa entonces le facilitó unos chanclos viejos con los que pudo arrastrarse detrás de su guía que lo condujo a lo más espeso del platanal y allí lo dejó medio aturdido. Los botines abandonados del General, que quedaron en un rincón de la casita, contribuyeron no en poco, como tú verás más adelante, para que no se prolongaran más sus sufrimientos

y desamparo; sin embargo, cuando hubo quedado solo varió de lugar y se puso en guardia, y lo que era natural, la desconfianza y la duda principiaron a atormentarle tenazmente porque no podía penetrar los designios de aquel hombre y su mujer, a quienes no conocía y se había confiado.

Por otra parte todas las noticias que había oído de boca del campesino, y que desde el día de la separación violenta de sus compañeros no había podido saber con certeza de ellos, debieron causar honda impresión en su ánimo durante aquella noche triste y pavorosa. Pudo muy bien creer que todo estaba perdido: los principales hombres habían desaparecido y desamparado el pueblo, falto y huérfano de sus viejos y esperados directores, no seguiría mucho tiempo en lucha desigual y desesperada, sometién-dose nuevamente a la servidumbre. La revolución estaría perdida. Mientras tanto y en el interior de la casita pasaba otra escena de confusión y espanto porque marido y mujer no acertaban la manera de salir del paso con la presencia en su casa de un expedicionario que los comprometía de modo serio, y la infeliz consorte se enredaba en la faena de la cocina, y al fin, terminó invirtiendo un tiempo más largo que necesario. El marido salió en seguida a llevarle un poco de alimento al General, el que apenas probó las primeras cucharadas de caldo sintió un desmayo. Después un tanto repuesto conversó un poco con su huésped, y quedó concertado y resuelto que a la mañana siguiente le conduciría hasta ponerlo en una vereda que le debía colocar muy cerca de una zona en donde seguramente encontraría gente de Pedro Pérez.

La noche tendió su velo negro sobre la tierra y más que negro, fúnebre sobre aquel platanal que envolvía con su obscuridad profunda a aquel guerrero intrépido y disperso, preso de las más fundadas incertidumbres. No olvido sus palabras textuales al referirme esta parte de su episodio. «General —me decía— me sucedió una cosa extraña esta noche, y fue que las anteriores que pasé en las montañas desiertas del Toa, mi sueño era más tranquilo y por lo mismo reparador; mientras que en esta última noche de mi peregrinación apenas pude conciliarlo.

«El reflejo de la luz que despidе en su vuelo incierto el cocuyo, el ruido que al posarse en las hojas del plátano producen las aves nocturnas, el canto del gallo y el ladrido del perro de la casa vecina, todo me imponía recelo en aquella noche sospechosa en que sólo contaba por compañero un rifle para defenderme teniendo a la espalda un monte y de frente a una casa habitada por personas que yo no tenía seguridad de su lealtad y mi suerte estaba absolutamente confiada a su voluntad o a su capricho. Nunca jamás en mi vida me pareció noche tan larga...» Por fin amaneció y el día con sus claridades debió desvanecer un poco las nebulosidades en que estaba sumergido su espíritu: en este estado el hombre se le apareció con un poco de café, que tomó con insaciable deseo, y a poco emprendieron la marcha por una vereda estrecha y continuaron por deshechos y revueltas del monte firme que debía conducirlos a la zona ya indicada. Media legua caminada y a esa distancia lo deja el práctico y apenas el General camina algunos kilómetros se siente fatigado, y tanto por eso como por precaución para esperar si alguien viene detrás o delante, se interna un poco al monte

dando vista a la vereda y espera. Luego sintió sueño y dormitó un rato, según él; de seguro debió de ser mucho más de lo que pensó, puesto que hubo tiempo suficiente para el encuentro casual e inesperado a la vez que sucedió.

Mientras que el dueño de la casa conducía al General hasta el punto donde lo dejó, dos hombres montados y bien armados llegaron a ésta y con notable insistencia preguntaron e indagaban por el dueño de la casa y por alguien desconocido que hubiese andado por allí. La pobre mujer con la presencia de aquellos dos guerrilleros, no sabía qué contestar y a lo poco que respondía era de un modo confuso y vago.

«Este palo tiene jutía», dijo uno de ellos y la infeliz mujer tembló, pero tembló más aún cuando vio que uno de aquellos hombres fijándose en los botines del General que todavía permanecían en un rincón, se apoderó de ellos y preguntándole por su dueño, la infeliz no sabía qué contestar, pero la presencia instantánea de su marido la sacó del apuro y respirando, como el que se viera libre de una mano de hierro que lo estrangula le dijo a su marido: «Entiéndete tú con esos hombres». Del diálogo que hubo entre los tres a seguida resultó que el pobre campesino se vio obligado a confesarlo todo y marchar al trote largo a enseñar o a alcanzar y hacerle entrega del General José Maceo, ignorando que lo era. Los de a caballo detrás y él a pie delante, en un instante a paso vivo, recorrieron la distancia hasta donde quedó el General, a la sazón que éste salía del monte para tomar la vereda, y continuar; pero sintió ruido y se preparó. No le quedó tiempo ni espacio para ocultarse, también hubiera sido inútil, pues ya

los tenía encima y se dispuso a correr todo peligro y terminar (sus palabras textuales contándome ese lance). «Ya estaba cansado de una vida tan triste». ¡Alto! ¿quién va? dijo, y le contestaron: ¡Cuba! Qué gente, repuso: de Periquito Pérez. Adelante uno: y avanzó uno que a poco cayó en sus brazos y después el otro. Ya esta escena heroica y tierna a la vez yo no intento describírtela, pues sólo él mismo, que nos la relató a mí y a Martí, pudiera haberlo hecho; yo le dije a Martí: —Usted que escribe de manera que encanta, va a tener que narrar la vida errante del General José Maceo por las montañas, con los pies ensangrentados, extenuado por el hambre, desamparado y solo, con un solo pensamiento en el alma: *la redención de la Patria*. Martí me contestó: «Es tan alto y sublime cuanto a ese hombre, escogido por el Dios de la Guerra, le ha pasado, que no importa la manera de ser dicho, pues que siempre aparecerá interesante y conmovedor.»

Sigue conmigo un poco más al General, para que sepas que cuando ya hubieron pasado los primeros transportes de alegría de aquel feliz encuentro, pudieron notar con extrañeza que el guía estaba notablemente conmovido, y derramando lágrimas. Confesó entonces que hasta aquel mismo instante había creído que aquellos dos soldados leales no eran otra cosa que dos guerrilleros disfrazados que le obligaban a cometer la villanía de entregar a un insurrecto y ese insurrecto era nada menos que el General José Maceo, a quien él había admirado tanto y deseaba conocer.

El General entonces lo tranquilizó y consoló poniendo en sus manos algunas monedas de oro americano que aún le quedaban en sus bolsillos.

Desde aquel instante el General José Maceo, se sintió hombre nuevo, e irguiéndose encima de uno de los caballos que montaban los jinetes, les dijo: «¡Adelante, muchachos, y vamos a reunirnos con nuestra gente!» Efectivamente, con tan buenos guías y columna tan exigua y de pie tan firme, antes que la noche de ese día le envolviera en nuevas tinieblas, el guerrero intrépido había verificado su entrada a un campamento cubano de pocos hombres, pero de corazón bien puesto y probada resolución. Había caminado veinte leguas. Con la aparición, mejor dicho, la resurrección del General José Maceo en la comarca de Guantánamo y coincidiendo el acto de presencia del General Antonio Maceo en la de Cuba, el entusiasmo fue tal y de tal manera sentido en todo Oriente, que un sacudimiento revolucionario se efectuó de manera sorprendente, que el Gobierno español en Cuba, representado por el General Martínez Campos, quedó aturdido y confuso, extendiéndose hasta el de la Península tan acentuada situación en que se colocaba el Partido Separatista en armas; en tan solemne momento y en noche oscura empujado por las olas y en las playas desiertas de Batiquirí, yo y el nunca bien sentido Martí y demás compañeros pisamos la tierra cubana.

Como se deja consignado, al día siguiente de la entrada del General José Maceo al campamento cubano, se difundió la noticia de tan fausto acontecimiento, y la reacción producida hizo temblar a los españoles que en vano hicieron esfuerzos para contrarrestarlos.

La revolución se levantó entusiasta y poderosa, reaccionando los espíritus muertos o sin fe, afianzó sus raíces con la firme convicción en la mente po-

pular de que España ha perdido ya su poder en Cuba.

No he querido yo contarte las peripecias y las desdichas que junto con mis compañeros también sufrimos desde aquella noche amarga y dolorosa en que el destino me arrancó de tus brazos y me lanzó a la mar en débil barco, hasta pisar esta tierra que he venido a ayudar a redimir. Todo eso lo sabrás algún día y sólo puedo añadir, para terminar esta carta que te envío con mi cariño, que después de varios días de marcha terribles por las mismas montañas de Baracoa, nos reunimos con el general José Maceo que ya al frente de 500 hombres marchaba en auxilio de nosotros, previo aviso. En un lugar poblado que se llama Arroyo Hondo, y a corta distancia oímos un fuego bastante nutrido y cuando ya próximos al lugar supimos que fuerzas al mando de Pedro Pérez se batían, tuve la agradable sorpresa de encontrarme a José Maceo triunfador y glorioso, pues acaba de derrotar a los españoles que a marcha forzada se refugiaban en la ciudad de Guantánamo.

Ya te puedes imaginar cuál sería nuestro entusiasmo y alegría al abrazarnos todos sobre aquel campo de batalla conquistado por las armas cubanas, dirigidas en aquel combate por tan insigne campeón. Fueron aquellos momentos de gozo inmenso para todos y que a mí no me es dado explicarte en éstos de pena y congoja. Pocos días pude estar con él pues tenía que continuar y continué hasta allá a los confines de Occidente, donde he ido. La lucha ha sido terrible y grande como grandiosa es la causa que defendemos, y por allá durante aquella campaña recia y dura se han ido quedando la mitad de mis compañeros que tú también despediste con

lágrimas y amor de hermana cariñosa: —el primero José Martí, después Borrero y Guerra; ellos cayeron a mi lado como buenos: la tierra guarda sus restos y en nosotros su memoria será eterna.

Solamente aquí quedamos dos: yo y Marcos; de César no sé.

Venía ahora a ver el General José Maceo y a abrazarlo y la muerte no nos dio tiempo, se antepuso a mis deseos y se lo arrebató a la Patria. En esta lucha donde lo natural, lo lógico es la muerte y no la vida, no es extraño que se muera, pero a mí, a quien todos los cubanos respetan y aman, me conmueve la ausencia eterna de aquellos que más me han acompañado en los peligros y más me han demostrado su respeto y su cariño; y a este número pertenecía el General José Maceo.

Era preciso haber conocido bien a fondo el carácter de aquel hombre sin dobleces y de rústica franqueza para poder estimarle y estimar su cariño cuando lo demostraba. El General José Maceo era todo verdad y por eso para muchos aparecía amargo.

Descubrí en él la grande y noble gratitud del león que la historia cuenta, y entendía la grandeza de su valor admirable e intrépido cual ninguno, por su generosidad y su amor a las mujeres y a los niños. El español más cruel rendido al General en mitad de la refriega más sangrienta, podía contar con la vida.

El destierro, la prisión, la persecución, la guerra y el infortunio, en fin, le habían educado admirablemente, y de ahí que hubiese aprendido a conocer y a apreciar a los hombres no por el traje ni las palabras ni por las formas, sino por sus hechos y

por el fondo; y por eso, por la idea exagerada que se había formado del aseo moral de los demás hombres, era que muchos engalanados por la fortuna o la astucia o la casualidad no podían caber con él, puertas adentro, en su trato y modo de ser.

La pureza en el manejo de intereses públicos era en él otra cualidad distinguida, y la probaba tomando dinero si creía que debía tomarlo y lo decía con franqueza dando cuenta. No tenía miedo a las responsabilidades, ni jamás se asustaba con los procedimientos, cuando él tenía conciencia de que así debía procederse; y cuando no, lo decía con franqueza rechazando toda imposición. Era un carácter insugestionable. No pedía nada, y mucho menos cabía la queja en su grandeza y abnegación; pero no permitía tampoco que se le cohibieran sus derechos y sus facultades, porque entonces se sentía sublevado. De aquí que algunas veces, con condiciones de carácter tan independiente y exageradas, apareciese como indisciplinado, pero cuando se le convencía se dejaba manejar como un niño. Tenía mucho de parecido al intrépido general Páez, según nos relata la historia de aquel héroe de la independencia de Suramérica. Pocos cubanos he conocido más libre, más trabajador y más valiente; y más resuelto, ninguno. Puedo decir que la Patria ha perdido en él a uno de sus mejores y más decididos y probados servidores.

En cuanto a mí, vive creyendo para tu satisfacción, pues de ello me dio pruebas, después de su hermano el General Antonio, fue a mí el que más quiso; y como respetuoso y sumiso subalterno, jamás ni siquiera intentó menoscabar el principio de autoridad militar que el país me ha confiado con el mando en Jefe del Ejército.

Ha muerto el General José Maceo, es verdad, como moriremos muchos, pero su memoria no puede ser olvidada; y guarda tú estas líneas que desde estos campos donde retumba el cañón te escribo, porque ellas significan mi duelo de guerrero por la pérdida del compañero y del amigo que murió en su puesto, derribado de su caballo de batalla para aparecer mañana más alto y hermoso en la historia de su Patria. Guárdalas para que sean leídas en nuestro hogar con santo y religioso respeto cuando de las cosas grandes de tu Cuba redimida se trate. Consérvalas, que ellas también son memorias mías, porque en esta tierra en donde todos los días caen unos hombres para levantarse otros y donde España siempre cruel hace derramar tanta lágrima y tanta sangre, no puede haber nada pequeño ni olvidado para la heroica historia de tu nación. Mucho has llorado la pérdida de tus hermanos queridos que uno a uno fueron cayendo en aquella otra guerra cruel. Lloraste también la muerte de tu amada mamá, separada de ti por el brutal poder de España. Lloras ahora y paga con el tributo de tus lágrimas algo de lo mucho que tu Cuba debe al valor y al esfuerzo del héroe de *La Indiana*, de *La Galleta*, del *Jobito*, de *Pinar Redondo*, de *Majaguabo*, *San Luis*, *Dos Caminos*, *Sao del Indio*, *El Triunfo*, *Cauto Abajo*, *Mayarí*, *Arroyo Hondo*, *Sagua*, *Songo* y mil más y *Loma del Gato*, en donde como un atleta invencible rindió su última jornada el mayor general José Maceo, magnífico soldado de la Patria y amigo distinguido de tu

MÁXIMO.

Posdata.—Pienso que una carta sin ella dirigida a una persona querida no está completa, pues eso aparte de otras consideraciones, demuestra que no quisiera uno concluir y esta vez no puedo prescindir de significarte eso mismo.

Debo suponer que te interesarás muchísimo amparando y ayudando a que se ampare a la emigración cubana que busca refugio en ese país. Conozco la bondad de todos los habitantes de esa tierra, y no dudo que el General Pichardo, hombre de corazón, hará cuanto pueda en este sentido y en la localidad, jurisdicción de su mando. No se necesita ser enemigo de España para querer la felicidad de Cuba y proteger a los cubanos —eso sería estúpido— y si los hombres de la actual situación política de ese país comprenden bien eso y lo saben cumplir, no incurrirán en responsabilidades que les ocasionan molestias diplomáticas. Lo natural y lógico nunca ofende ni trastorna al decoro, pues la justicia, base de toda la felicidad humana, así lo proclama.

Santo Domingo es la nación, de todas las Américas, la más obligada por la ley de la Historia y de la Naturaleza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la nación cubana.

En vano los *Yankees* con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortésmente pero no se echará en sus brazos y Santo Domingo será su predilecta y lo será por la sangre y por la Historia; por su sol y por sus brisas.

A Santo Domingo le conviene eso, le conviene a Cuba. De otra manera no puede ser, del mismo modo

que en vano serían mis esfuerzos por querer aparecer más cercana mi parentela con Mr. Cleveland y Mr. Morgan que con los generales Martínez Campos y Weyler.

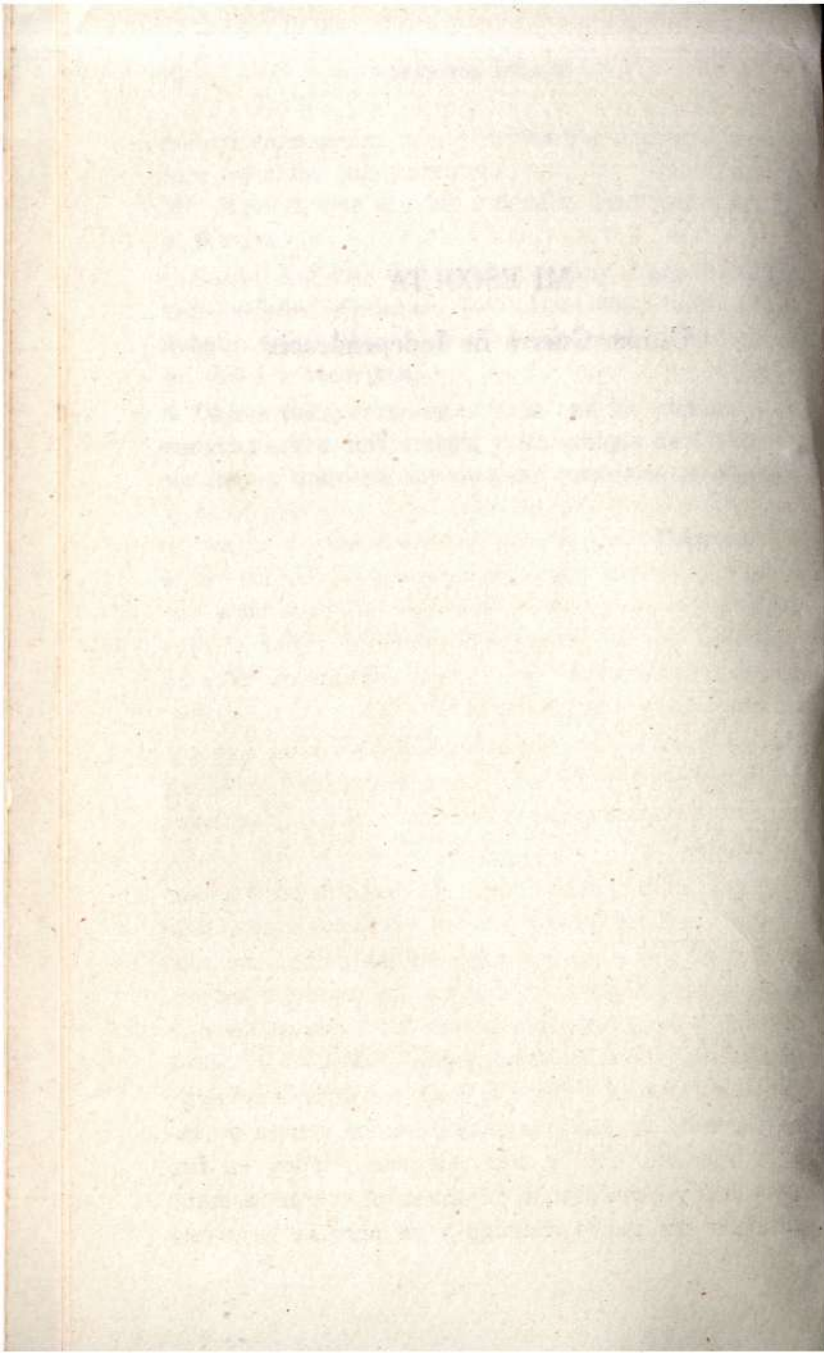
Sueño con una ley, que con muy insignificantes retribuciones, declarase (lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.

Dígote todas estas cosas para que las pienses y las consideres con mis amigos y los amigos de Cuba que no tienen tampoco por qué ser enemigos de España.

MÁXIMO.

MI ESCOLTA

Ultima Guerra de Independencia



La Historia de la Guerra de Independencia de Cuba, o la Historia militar de los cubanos, o bien la lucha cruenta por la emancipación de un pueblo esclavo —que todo viene a decir la misma cosa— es sin duda una de las más bellas leyendas que se pueden legar a nuestros hijos y a los hijos de los que vengan después. Y debe ser así por lo fecunda en hechos históricos, en grandezas que dignifican y elevan el espíritu de la familia americana, por el respeto y simpatía que justamente ha de inspirar a las generaciones que se sucedan, la gran obra emprendida por la generación presente, y por el sentimiento más noble que puede abrigar el corazón humano: la gratitud nacional.

Los episodios interesantísimos e históricos que pudiéramos escribir de esta lucha grandiosa, serían en verdad suficientes para formar muchos y gruesos volúmenes.

Aquí cada hombre tiene su historia escrita con sangre: éste, un brazo roto cuyos restos han volado en astillas; el otro, los huesos de las piernas molidos y las carnes deshechas; muchos, las mandíbulas perforadas a balazos; otros tantos, atravesados los pulmones, con terribles hemorragias y dejados al acaso, casi abandonados y después, como por obra de milagro, apareciendo de nuevo a caballo, en el campo de batalla, más resueltos y más valerosos. Todos, en fin, unos más y otros menos, llevan en el cuerpo la mano indeleble del plomo enemigo y ya perdida la cuenta

de los caballos que les quedaron sin vida en la ruda y diaria pelea.

Y al lado de ese destrozo de huesos y de carne que sangra y duele, el dolor mucho más hondo que se sufre al depositar en el fondo de fosa cavada en la sabana o en el monte, al amado compañero muerto en el combate. Como diría el poeta:

*«¡Cuántos Césares ocultos
descansan en dulce sueño!».*

Y al lado de todo eso —repito— y como si el destino no estuviese satisfecho de poner a prueba la fortaleza de estos hombres, les llega entonces la abrumadora noticia de la muerte de la madre, el hijo o la esposa, ocurrida cuando menos en lejana tierra, o en ésta, por la mano del tirano siempre.

¡Ah! yo que he mandado este ejército de valientes, bien quisiera dejar escrita la historia de cada uno de sus soldados; mas como esto no es tan fácil para mí, me limitaré simplemente, por deber y por gratitud, a consignar a grandes rasgos y en conjunto, la historia de mi Escolta, con el propósito de hacer valer la honra militar que cabe a esos hombres, así como también a la comarca a que pertenecen.

Acostumbramos en esta guerra —y entra en nuestra organización— tomar para sí los generales una escolta, que como es natural, para formarla se ha de escoger siempre entre hombres de las mejores condiciones. Eso hice yo cuando, después de algunos días de peregrinación con mis cinco compañeros expedicionarios, nos avistamos con el General Antonio

Maceo en la jurisdicción de Santiago de Cuba. Empero no podía en aquella hora, dada la precipitación con que debía marchar y en medio de aquel dédalo de pronunciamientos, entretenerme en la escogitación de los hombres y hube de tomar a la casualidad, pero montados, los primeros veinticinco de que pude disponer. Con ellos emprendí marcha al Camagüey de cuya comarca no teníamos noticias favorables, pues más bien ocurría a algunos la idea de que nuestro movimiento no fuese secundado. Como es natural, esta incertidumbre y las especies que de ella se derivaban, no hacían muy buen efecto en el ánimo de los que me acompañaban y traducían su disgusto, de un modo harto significativo, en quejas que, aunque no justificadas, yo me veía en la precisión de atender con prudencia y cariño.

Mi marcha por las riberas del Cauto, perseguido por un enemigo tenaz, sin medios de reponer caballos, bajo una primavera copiosa en lluvias y vadeando ríos y arroyos desbordados, fue una marcha a más de penosa comprometida. Así continuamos hasta el encuentro de «Boca de dos Ríos», donde en combate librado en unión del general Bartolomé Massó, perdimos al nunca bien sentido José Martí.

Desde aquel instante mi situación se agravó considerablemente. Quedé sin salud, sin tropas y sin pertrechos. No era dable que me acompañase mucha gente, por otro lado falto de municiones, preferí caminar solamente con mi Escolta que estaba un poco mejor pertrechada. Ordené entonces al general Massó que operase sobre Bayamo y de nuevo emprendí la jornada, enfermo no ya del cuerpo, sino también del alma.

A medida que las lluvias primaverales arreciaban, los españoles se empeñaban en hacerme infranqueable el paso. El general Martínez Campos, según confidencias, hacía mover tropas con ese fin de Holguín y Las Tunas. No parecía posible que yo encontrase camino o serventía que no hubiera sido ocupada por los españoles. La antigua trocha (ya Camagüey) de San Miguel la guarnecían, de Norte a Sur, destacamentos y columnas volantes. En Guáimaro habían apostado 2,000 jinetes. Además el Camagüey no quería la guerra. A ese respecto se había formado una Junta, cuyos fines eran salir a mi encuentro para manifestarme la decisión de la comarca, obligarme a reembargar y hasta proporcionarme los medios para hacerlo.

Tal era mi situación y tal el género de confidencias que recibía de continuo en aquellos días pavorosos. Uno de éstos, al amanecer y ordenar la marcha, la Escolta se resiste. «Ellos eran de Oriente y no debían continuar adelante» —protestaban—, y trabajo me costó reducirlos a la obediencia. Trece días después, ya en límites de Holguín y Tunas, un traidor se presentó al enemigo y le informó de mi situación: La Escolta torna a insistir en su propósito de no seguirme. En vano el oficial que la comandaba interpone su autoridad; los soldados se niegan a obedecer; indignado entonces les increpé duramente, llamándoles «desleales y malos compañeros». «Volved a Oriente —les dije— que yo iré solo a Camagüey».

Aún más indignado que yo el General Borrero se les encara enérgico, cual nunca lo había visto, pues era de un temperamento inalterable, y entre otras cosas recuerdo haberle oído estas palabras: «Sois unos malos cubanos y peores soldados. ¡Nos estáis

desacreditando! El General Gómez es un extranjero que viene a ayudarnos en esta guerra santa y queréis abandonarlo enfermo y perseguido por el enemigo. ¡Oh! si así lo hiciéreis, todo el mundo podrá deciros con razón que sois unos cobardes». Los apóstrofes de Borrero hicieron impresión en el ánimo de aquellos hombres, y se dispusieron a continuar, no sin haber desertado dos o tres de ellos en la noche de ese mismo día.

Por más confianza que tuviese en los hombres de Camagüey, había momentos en que no podía menos de sentirme molesto por las dudas más terribles. Pero éstas vinieron a desvanecerse por completo cuando, al alcanzarme en Río Abajo, casi en Las Tunas, un individuo con una carta de un confidente se me daba cuenta de un movimiento de tropas, indicándome al mismo tiempo que el General Campos «recomendaba muy mucho que se impidiese, a todo trance, mi acceso al Camagüey, basándose en que, si eso llegaba a suceder, España se consideraría perdida.»

Desde luego —dije al General Borrero leyéndole la carta— estamos salvados. El hecho de encarecer tanto el General Campos que se me impida mi paso, junto con la orden expresa y terminante de que se me *ataje*, quiere decir que él ha sentido palpar mucho de Revolución en el Camagüey. ¡Adelante, pues, que nuestros compañeros nos aguardan!

El día 5 de junio pasé a nado el Jobabo, entré en la comarca camagüeyana extenuado y todavía enfermo, con una pierna deshecha y unos cuantos hombres arrastrados o, mejor dicho, empujados hacia mí por el enemigo, pues traíamos detrás 3,000 hombres que no se atrevieron a vadear aquel río, retrocediendo

una parte de ellos, mientras que la otra me seguía hasta el Camagüey, pero tomando distintos rumbos.

Pocos días después se me reunían los ciudadanos Salvador Cisneros, Lope Recio, Dr. E. S. Agramonte y otros más que fueron los primeros en llegar al campo. Desde aquel instante comenzó la serie de triunfos obtenidos en el Camagüey por las armas cubanas, y la Revolución cobró consistencia y bríos. Después de la toma de Altagracia, combate de la Ceja, destrucción de una guerrilla y toma de «El Mulato» y «San Gerónimo», despaché para Oriente, bien provistos de todo, a aquellos hombres que, a duras penas, había podido conseguir que constituyesen mi Escolta hasta ese instante.

Surgieron entonces a mi lado los patriotas valerosos y leales, que estaban destinados a seguirme a todas partes sin reparos y sin miedos.

El cubano en general, está dotado de espíritu de regionalismo; pero es opinión comúnmente aceptada de que en el hijo del Camagüey, es donde más se acentúa o se demuestra lo arraigado de aquel sentimiento. Y esto en honor de la verdad, no es así, porque por experiencia dilatada sé que en tal sentido, la idiosincracia de los cubanos, sin exceptuar provincia alguna, no varía ni se diferencia en lo más mínimo. Esa cualidad de índole local que los caracteriza a todos, tiene su origen en la misma sencillez de las costumbres del país. El hijo de la tierra es hombre de condición esencialmente doméstica; mejor dicho, es hombre de casa. Ni siquiera es dado a las aventuras callejeras. Joven contrae matrimonio, crea

una familia, la educa en el molde de sus hábitos y llega a la vejez sin que la modesta historia de su vida haya traspasado los límites estrechos del *batey* de su hogar.

De aquí la causa principal de que en esta guerra nos haya sido difícil formar contingentes de individuos de una comarca para invadir otra. Y de aquí también los méritos excepcionales de los hombres que forman mi Escolta, combatientes en todas partes y en todas partes vencedores, pues cuando no han podido recoger los laureles de la victoria, jamás tuvieron que sufrir la vergüenza de la derrota.

Situado mi Cuartel General en el Centro, principié desde ese punto a organizar el Ejército, cuyo mando se me había confiado, y a preparar el Plan de campaña que necesariamente había de desarrollar en toda la Isla, con los elementos de que pude disponer que, por cierto, eran bien pocos o ningunos. El interés capital de la campaña consistía en la invasión formal de las comarcas occidentales; pero para su ejecución apenas contábamos con algunos cientos de armas y muy escasas municiones en las cananas.

Por más que procuraba activar las operaciones, no pude conseguir que se moviese el Ejército de Oriente antes de la acción de Peralejo, librada por el General Antonio Maceo contra el General Martínez Campos. Hubo necesidad de un intervalo de espera para reponer bajas y reorganizar aquellas tropas bisoñas y mal armadas. Como los contratiempos por lo general se encadenan, el estado de salud del general Maceo, que no era muy bueno, se empeoró, y en vista de que aquella situación se prolongaba indefinidamente, me adelanté a Las Villas, ya desesperado, en

los últimos días de octubre de 1895. En esta época, los generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez habían logrado entrar su expedición por las Tunas de Sancti-Spíritus. Al arrancar definitivamente para Las Villas, la única fuerza que debía acompañarme, pues no quería debilitar el Camagüey, era mi escolta de 100 hombres. Tuve el buen cuidado de recomendar al jefe de ella que explorase la voluntad de todos, pues habiendo empeñado, conmigo mismo, mi palabra de no volver grupas sino después de haberme franqueado el camino hasta las provincias más occidentales, no quería ser acompañado sino por hombres resueltos y decididos.

General —me contestó con arrogancia y orgullo el jefe camagüeyano— estos hombres nos han de seguir a todas partes. Yo había previsto el caso y tengo mi gente preparada para la hora que decida usted marchar.

El día último de Octubre traspuse, sin novedad, la trocha de Júcaro a Morón, tan guarnecida por los españoles, y entré en la jurisdicción de Sancti-Spíritus. En espera del General Maceo, hice allí una campaña de movimientos continuos, con objeto de cansar al enemigo sin consumir nuestras municiones, campaña que coronó el éxito, pues nos apoderamos de 25,000 tiros y 50 armamentos en el asalto al fuerte «Pelayo». Después amagué a la ciudad de Sancti-Spíritus y, por último, puse sitio y atacué al fuerte Río Grande. Me proponía con todo esto que los españoles dejasen libre el paso de la Trocha al General Maceo, de quien tenía avisos que venía aproximándose a la cabeza del Cuerpo del Ejército invasor, y secundaba, por otro lado, nuestro plan de penetrar

enteros en el territorio de Las Villas. La actividad y pericia del General Maceo hicieron lo demás. El cuerpo del Ejército invasor, sin consumir un cartucho, traspuso la decantada trocha y el día 29 de noviembre yo y mi Lugarteniente nos dábamos la mano en San Juan. Al otro día acampábamos en el extenso potrero La Reforma,¹ en donde maduramos, retocándolo, nuestro plan de invasión.

El primer paso estaba dado. Se había puesto en ejecución la parte más difícil y escabrosa de toda empresa humana: el principio. A partir de aquel momento, a mi juicio comenzaba la era en que se iba a jugar la suerte de la Revolución. Era preciso proceder con tino y acierto no confiándolo todo a la Fortuna, y a ese fin, con el mapa a la vista siempre, nos concretamos a ejecutar estos propósitos de capitalísima importancia. «Marcha viva ganando terreno, no importa retaguardia o flanco sucio del enemigo, buscando siempre frente limpio».

Siguiendo siempre este orden de cosas esperamos el ataque del enemigo en «La Reforma»; arrancamos de allí el 2 de diciembre y el 3 triunfábamos en «Iguará», el 9 en «Casa de Tejas» y los días 11 y 12 en «Boca del Toro». Después en «Mal Tiempo», y «Calimete» y «Coliseo», y «Güira de Melená» —y la Revolución en fin, fue a plantar su lábaro de redención a los confines de la tierra esclavizada.

España entonces sintió la violenta sacudida de nuestro brazo; los políticos miopes de allende y aquende, se convencieron de que la Revolución era una realidad, y desde ese instante, a mi entender, quedó asegurada la independencia de Cuba, porque

¹ Cuna de mi hijo Francisco.

no cabe en el humano esfuerzo que España pueda, atendidos sus pobres recursos, apagar la llama de este formidable incendio. La lucha ha continuado sin embargo, porque así tenía que suceder, pero eso no ha sido más que la fórmula, fatalmente necesaria, para llegar a la paz decorosa y digna que debe existir entre Cuba y España.

No me propongo ahora relatar la serie de rudos combates que señalan aquella campaña memorable, en los que tomaron parte —siempre en primera línea— mis ayudantes de Campo y los hombres de la Escolta. Sin precisar fechas, lugares y demás detalles importantes, y —si se me permite decir— preciosos para la hoja de servicios de tanto guerrero intrépido y valiente, supliré esa falta con la nota circunstanciada de ellos y cerraré con eso su historia militar. En ella, como se verá, están consignados el nombre y procedencia de cada cual. No distinguiré a ninguno, sí aseguro que todos ellos son de un valor a toda prueba, disciplinados y asaz inteligentes en el arte especial de esta guerra que se hace en Cuba. Muchos no ingresaron desde el primer instante; pero ¡ay! han sido dignos reemplazos de los que han muerto; otros se han puesto a mi lado por su voluntad propia, muy pocos por elección mía. De este modo se han podido mantener nutridas las filas, a cada instante clareadas, de esta brillante pléyade de jóvenes patriotas, que estuvieron a mi lado en todas las horas de peligro en que me he encontrado durante esta lucha continua, sin que se sepa todavía cuántos faltamos por caer y cuántos seremos los supervivientes gloriosos de esta contienda, en que, para triunfar, se hace necesario que diariamente abonemos con

nuestra sangre el suelo que nos hemos propuesto libertar.

Para darse una idea de lo que esos hombres han hecho, basta conocer la nota de sus heridos, casi todos graves, y lista de sus muertos. De su arrojo proverbial son testigos el fuerte Pelayo en cuyo asalto machete en mano, se precipitaron sobre el enemigo, y sin hacer caso de sus fuegos, fueron a caer dentro de las mismas trincheras contrarias; Mal Tiempo, en que los primeros soldados españoles heridos, de arma blanca, lo fueron por los bravos de mi Escolta; Calimete, Iguará, Casa de Tejas, Boca de Toro, Saratoga, El Desmayo, La Purísima y cien y cien combates más en que puede suponerse como verdadera obra de milagro haya quedado alguno de esos hombres con vida.

Permítase ahora delinear, a la ligera, algunos de los caracteres más salientes.

Miguel Varona (Miguelito) el ordenanza, es un niño de catorce años que no se ha separado un instante de nosotros. Tiene carácter de hombre y salud inquebrantable. No hay forma que quiera retirarse del campo de batalla cuando algunas veces se le ha ordenado.

Bernabé Boza, jefe de la Escolta, ascendido a Teniente Coronel por escalafón desde Teniente, y por méritos de guerra. Puede llamársele el Cambronne camagüeyano; enérgico, sin dejar de ser amable y querido de sus soldados; estatura mediana y formas robustas. Gran jinete, de muñeca ruda para las riendas y el machete. Tirador seguro. Hombre para el campo así como para la ciudad. Ha viajado y me sirve muchas veces como intérprete de inglés.

La guerra del 68 deslumbró su mente de niño y desde entonces, palpitó en su corazón el sentimiento del honor y de la Patria. Cediendo a estos generosos impulsos, dejó el tibio calor de la casa paterna, se lanzó al campo sirviendo a las órdenes de generales como Benítez, Reeve y Morejón, y logró salir de aquella campaña con una bella hoja de servicios.

Cuando se habla de los españoles se le enciende el rostro y le brillan con extraño fulgor los ojos. Y es que Boza tiene escrita en el alma, con caracteres imborrables, la historia del fin trágico y cruento de su padre. Tampoco podrá olvidar jamás las congojas de su madre, de aquella alma pura, obligada en lo más acerbo de su tribulación, a presenciar el frío asesinato de sus dos hermanos políticos. ¡Oh!, dolorosa es esa historia, pero como esa, puede decirse que casi todos los cubanos tienen la suya. Muy poca mujer habrá en Cuba a quien España no haya hecho derramar lágrimas. ¡Pocas, muy pocas las que no hayan llorado alguna esperanza muerta en el hijo, en el esposo, en el amante! En todos los corazones dejó ella el rasgo de sus agravios, porque España todo lo ha ultrajado en esta tierra que nunca amó y a la que sólo ha querido poseer de la manera que el Sultán a la bella y espiritual esclava para saciar en ella sus brutales deseos.

En este numerario honroso de mi Escolta, siguen después los Vega, Espinosa, Feria, Salas, Rosario y todos los demás héroes y militares distinguidos que han inscrito sus nombres con sangre vertida al calor de la refriega y envueltos sus rostros en la densa humareda de los combates.

Tal es la historia compendiada de ese puñado de valientes, que viven conmigo en intimidad estrecha y permanente, junto a mi vieja tienda de campaña, humedecida por el rocío de la noche y secada después por ese sol testigo todos los días de la bravura heroica de un pueblo que, en desigual contienda, lucha por la libertad.

Esa es la historia de tantos hombres dignos; unos muertos, vivos aún otros —ejemplos de valor y disciplina— cuyos nombres, en estos instantes de reposo que me dejan las múltiples obligaciones de mi destino, quiero dejar estampado para que se graben en el libro de Inmortales de la Patria Libre.

No sabemos, no se puede saber si estamos a la mitad o al fin de la jornada; lo que haya de ser, será; pero no es dudoso que a ellos corresponda el triste deber de levantar un día, polvoriento y ensangrentado, el cadáver de su viejo y leal compañero de armas, para depositarlo en fosa abierta a la sombra del bosque, mudo espectador de nuestros dolores y teatro de nuestra abnegación y patriotismo. Entonces, cuando eso suceda, el cuadro que se ofrezca a la vista será bien sencillo: un hombre más caído por la libertad y un grupo de guerreros, que después de dar su adiós al camarada muerto, volverán la espalda y seguirán de nuevo al campo de la lucha a continuar una obra que el Orbe entero espera con ansiedad ver gloriosamente terminada; esto es, la conquista de la libertad cubana con la cual el Nuevo Mundo completará y justificará su título de América Libre.

Como he dicho ya algunas veces —como lo han dicho otros también—, en Cuba y en esta guerra terrible, cruenta y prolongada, no puede haber nada

pequeño. ¡La Independencia será un suceso magno! No, no es la apertura del canal interoceánico que sirve a la civilización, al tráfico del comercio y hasta a la satisfacción de los estómagos; no es el hallazgo de un invento portentoso que da renombre y dinero al inventor: La Independencia de Cuba será un suceso de trascendencia tanta para el mundo, que no habrá una sola porción de Europa y América que pueda sustraerse a su influencia bienhechora. España misma, que en los primeros momentos creó haberlo perdido todo, podrá contener de ese modo el insaciable antojo de sus elementos burocráticos que hoy la desangran, tendrá tiempo de pensar en la unidad de sus pueblos, amenazados por un espíritu latente de cantonalismo, que en vano trata de disimular y rivalizará ante el mundo su título de nación civilizada, borrando de la carta geográfica el estigma de una colonia explotada y de la frente de un millón y medio de almas, la mancha afrentosa de su esclavitud.

Por eso, el último —si es que puede haber primeros y últimos— de los obreros en esta labor sangrienta, aparecerá mañana pobre, mutilado, desdeñado quizás por aquellos que a la hora del sacrificio, no supieron estar en sus puestos —o muerto tal vez— pero nunca para la Historia en cuyo altar sacrosanto los que se sacrificaron por la Patria han de aparecer cada día más grandes y más dignos de la apoteosis humana.

¡Ea, pues, compañeros: O juntos con Ricaurte, o al lado de Bolívar y San Martín!

M. GÓMEZ.

CONSEJOS DEL GENERAL

(PROCLAMA DE YAGUAJAY)

Al terminar la Guerra de Independencia

THE HISTORY OF THE
CITY OF NEW YORK
FROM 1624 TO 1898
BY JOHN B. HOGAN

THE HISTORY OF THE
CITY OF NEW YORK
FROM 1624 TO 1898
BY JOHN B. HOGAN

THE HISTORY OF THE
CITY OF NEW YORK
FROM 1624 TO 1898
BY JOHN B. HOGAN

THE HISTORY OF THE
CITY OF NEW YORK
FROM 1624 TO 1898
BY JOHN B. HOGAN

Para andar más pronto el camino de la organización nacional elegid para directores de vuestros destinos, a los hombres de grandes virtudes probadas, sin preguntarles en dónde estaban y qué hacían mientras Cuba se ensangrentaba en su lucha por la Independencia.

Debéis ser atinados en la elección de ministros, administradores de los intereses del país; que no alfombren sus casas ni sean arrastrados por carrozas, antes que las espigas maduren con abundancia en los campos de la Patria, que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre.

No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos, que habéis conseguido en la guerra; que no se deben conformar los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo, ni pretender más, porque os llevaría a la anarquía.

La observancia estricta de la ley, es la única garantía para todos.

Yo aconsejo para Cuba, puesto que se alcanzó el sublime ideal, un abrazo fraternal que apriete y una para siempre el augusto principio de la nacionalidad cubana.

El triunfo definitivo debe rodear a este pueblo de majestad y grandeza.

Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite, para que la obra quede completa. Al aproximarnos

a las tumbas gloriosas de nuestros compañeros a depositar la «siempreviva», junto con una lágrima de guerrero, es preciso en esa hora piadosa, llevar el alma pura de rencores.

Que no os ofusquen los apasionamientos de la victoria, ni a los que se crean más meritorios les ensoberbezca y ciegue el orgullo, pues por ese camino casi siempre se han perdido mucho hombres, que principiaron siendo grandes y acabaron pequeños.

No se debe olvidar nunca que así como la espada es la bienhechora para dirigir y gobernar bien las cosas de la guerra, no es muy buena para esos oficios en la paz; puesto que la palabra Ley es la que debe decírsele al pueblo, y el diapasón militar es demasiado rudo para interpretar con dulzura el espíritu de esa misma Ley.

Se tiene que dejar de oír el relato de pasadas hazañas. Todo eso cumple a la majestad de la historia; porque si no, se mortifica a los que debiendo, no supieron ejecutarlas, y aparecería como un cargo que los irrita, y predispone los espíritus a la desunión o a la discordia.

Con todas estas precauciones de obreros abnegados que todo lo han dado a la Patria, y ayudados por tres factores poderosísimos: el trabajo, la educación y las buenas costumbres —la mejor higiene para preservar el alma y el cuerpo de amargos dolores— Cuba será próspera y venturosa. Mientras tanto si no caigo en lo que falta de la lucha, cuando me vea tranquilo en un rincón de mi Patria, pediré siempre para Cuba la bendición del cielo.

M. GÓMEZ.

APÉNDICE

CHAPTER I
THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA
THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA
THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA
THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA
THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA
THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA
THE DISCOVERY OF AMERICA

THE DISCOVERY OF AMERICA
THE DISCOVERY OF AMERICA

Proclama de Valmaseda después de la caída de Bayamo:

A LOS HABITANTES DE LOS CAMPOS

Los refuerzos de tropas que yo esperaba han llegado ya; con ellos voy a dar protección a los buenos y castigar prontamente a los que permanecen rebeldes al gobierno de la Metrópoli.

Sabéis que he perdonado a los que nos han combatido con las armas: sabéis que vuestras esposas, madres y hermanas han encontrado en mí una protección negada por vosotros y admirada por ellas: sabéis también que muchos de los perdonados se han vuelto contra mí. Ante esos desafueros, ante tanta ingratitud, ante tanta villanía ya no es posible que yo sea el hombre de ayer; ya no cabe la neutralidad mentida; el que no está conmigo está contra mí, y para que mis soldados sepan distinguíros, oíd las órdenes que llevan:

Todo hombre, desde la edad de quince años en adelante, que se encuentre fuera de su finca, como no acredite un motivo justificado para haberlo hecho, será pasado por las armas.

Todo caserío que no esté habitado será incendiado por las tropas. Todo caserío donde no campée un lienzo blanco en forma de bandera para acreditar que sus dueños desean la paz, será reducido a cenizas.

Las mujeres que no estén en sus respectivas fincas o viviendas o en casa de sus parientes, se reconcentrarán en los pueblos de Jiguaní y Bayamo, donde se proveerá a su manutención: las que así no lo hicieren serán conducidas por la fuerza.

Estas determinaciones empezarán a tener lugar desde el día 14 del corriente mes.

Bayamo, 4 de abril de 1869.

(Fdo.) *El Conde de Valmaseda.*

Respuesta de los patriotas en armas:

A LOS SOLDADOS DE CUBA LIBRE

«Conciudadanos:

»El general español, Conde de Valmaseda, ha hecho publicar con fecha 14 del corriente un Bando dirigido a los habitantes de los campos, que tiene por objeto declarar la guerra a muerte y autorizar a la faz del mundo civilizado, incendios, asesinatos, atropellamientos y todos los horrores de que es capaz una soldadesca vil, sin alma ni religión. Este decreto y el preámbulo que le precede son muestra evidente del más descarado cinismo. El prólogo es la oración laudatoria de una conducta que no se ha seguido. El Bando es la Ley promulgada después de tres meses de estar en ejecución.

»El señor Conde se jacta de habernos perdonado, de haber ofrecido protección a nuestras madres y nuestras esposas que nosotros abandonamos, y el señor Conde, queriendo distinguir cronológicamente su personalidad, nos amenaza con abrir una nueva era que comenzará a contarse desde el 14 del corriente mes, en cuyo día terminará la que él denomina, hablando de sí mismo, 'el hombre de ayer'.

»El día 15 de enero ocupó el general Villate el lugar en que Bayamo había existido, cubierto de escombros y cenizas. Tres meses han transcurrido desde ese día fatal y este período de tiempo está marcado con la sangre de centenares de víctimas, con el incendio de sus pacíficos hogares.

»Mientras el ilustre Conde, ocultando su obesidad sobre la Torre de Zaragoza, guarda las apariencias del tirano indulgente, sus soldados y los voluntarios peninsulares, odiosos instrumentos de aquel Júpiter Tonante de los modernos tiempos, asesinan a mujeres, niños y ancianos, saquean, ponen fuego a las casas, violan a la esposa a presencia del esposo, degüellan al hijo delante de la madre e inventan en su rabia cuantos horrores pueden producir la más inicua ferocidad.

»Todavía sangra el cuerpo mutilado de Miguel Milanés, el simpático 'Palolo', asesinado a la vista de su madre, de su esposa, de su hermana. Aún palpitan las entrañas de Ramón Martínez y de Lucas su hijo, anciano y enfermo el uno, adolescente el otro; las de Adolfo Rodríguez y Florencio Villanova, jóvenes indefensos, pacíficos, sin otro crimen que conservar en su pecho, puro, sin mancha, el sacro fuego de la Libertad; las de Bernardo Camacho, arrancado de los brazos de su consorte cuando apenas hacía un mes que se había casado; las de Vian,

el francés octogenario, asesinado en su propio albergue donde yacía enfermo, cubierto de una lepra pertinaz; las de los hermanos Nuviela, Luis Mestre, Francisco Puente Aguirre, y otros cuyos cuerpos desfigurados, abandonados en los caminos, presas de las aves de rapiña, son el testimonio sangriento de la 'bondadosa indulgencia', de la decantada humanidad del hidalgo y filántropo Conde de Valmaseda.

»Y mientras autoriza que se cometa en los campos esta matanza impía, ¿sabéis cuál era la protección que tributaba a las pobres mujeres llevadas a vivir a la fuerza a las arruinadas poblaciones de Bayamo y Jiguaní? ¡Hierve el pecho de indignación! El encofetado Conde las destina para objeto de pasatiempo de sus licenciosas tropas. Soldados y oficiales sin respetar el dolor de una madre, de una esposa, de una hermana, se introducen en sus hogares, se burlan de su aflicción, se complacen en repetirles una y mil veces que los objetos más queridos de su corazón han muerto o morirán y valiéndose de la fuerza profanan el Santuario del Dolor, tratando de convertirlo en lugar impuro, amenazando con la espada y la bayoneta a la desventurada que resiste a sus lúbricas proposiciones.

»El general Villate, que autoriza hace tres meses tales desórdenes, tal carnicería, tiene la desfachatez, el descaro inaudito de presentarse a nuestros ojos como el padre indulgente y cariñoso con sus hijos descarriados. No haría menos el tigre que después de beber la sangre de víctimas numerosas aguardase en una enrucijada la ocasión de apagar su sed insaciable devorando otras muchas.

»Hermanos: La Patria reclama todos nuestros esfuerzos. Acudid presurosos a recibir la muerte si es necesario, peleando infatigables por salvar a Cuba de la odiosa dominación española. Entre morir como las reses en el matadero, degolladas a mansalva por los verdugos del tirano, y perder la vida en el campo de batalla defendiendo nuestra independencia, la elección no es dudosa.

»¡Hermanos: Maldición Sobre España! ¡Que la venganza inflame nuestros pechos, que arda el odio en nuestras venas, y resueltos a morir antes que rendirnos, corramos juntos a recibir la muerte, que unidos seremos fuertes y la victoria coronará nuestros sacrificios!

»Cuartel General 'El Ramón', abril 19 de 1869.

(Fdo.) *Tomás Estrada Palma.*»



INDICE

	<u>Págs.</u>
EL VIEJO EDUÁ O MI ÚLTIMO ASISTENTE	7
NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS	39
ODISEA DEL GENERAL JOSÉ MACEO	53
MI ESCOLTA	73
CONSEJOS DEL GENERAL	89
APÉNDICE	93

INDEX

Page

1	THE HISTORY OF THE
2	3
4	5
6	7
8	9
10	11
12	13
14	15
16	17
18	19
20	21
22	23
24	25
26	27
28	29
30	31
32	33
34	35
36	37
38	39
40	41
42	43
44	45
46	47
48	49
50	51
52	53
54	55
56	57
58	59
60	61
62	63
64	65
66	67
68	69
70	71
72	73
74	75
76	77
78	79
80	81
82	83
84	85
86	87
88	89
90	91
92	93
94	95
96	97
98	99
100	101
102	103
104	105
106	107
108	109
110	111
112	113
114	115
116	117
118	119
120	121
122	123
124	125
126	127
128	129
130	131
132	133
134	135
136	137
138	139
140	141
142	143
144	145
146	147
148	149
150	151
152	153
154	155
156	157
158	159
160	161
162	163
164	165
166	167
168	169
170	171
172	173
174	175
176	177
178	179
180	181
182	183
184	185
186	187
188	189
190	191
192	193
194	195
196	197
198	199
200	201
202	203
204	205
206	207
208	209
210	211
212	213
214	215
216	217
218	219
220	221
222	223
224	225
226	227
228	229
230	231
232	233
234	235
236	237
238	239
240	241
242	243
244	245
246	247
248	249
250	251
252	253
254	255
256	257
258	259
260	261
262	263
264	265
266	267
268	269
270	271
272	273
274	275
276	277
278	279
280	281
282	283
284	285
286	287
288	289
290	291
292	293
294	295
296	297
298	299
300	301
302	303
304	305
306	307
308	309
310	311
312	313
314	315
316	317
318	319
320	321
322	323
324	325
326	327
328	329
330	331
332	333
334	335
336	337
338	339
340	341
342	343
344	345
346	347
348	349
350	351
352	353
354	355
356	357
358	359
360	361
362	363
364	365
366	367
368	369
370	371
372	373
374	375
376	377
378	379
380	381
382	383
384	385
386	387
388	389
390	391
392	393
394	395
396	397
398	399
400	401
402	403
404	405
406	407
408	409
410	411
412	413
414	415
416	417
418	419
420	421
422	423
424	425
426	427
428	429
430	431
432	433
434	435
436	437
438	439
440	441
442	443
444	445
446	447
448	449
450	451
452	453
454	455
456	457
458	459
460	461
462	463
464	465
466	467
468	469
470	471
472	473
474	475
476	477
478	479
480	481
482	483
484	485
486	487
488	489
490	491
492	493
494	495
496	497
498	499
500	501
502	503
504	505
506	507
508	509
510	511
512	513
514	515
516	517
518	519
520	521
522	523
524	525
526	527
528	529
530	531
532	533
534	535
536	537
538	539
540	541
542	543
544	545
546	547
548	549
550	551
552	553
554	555
556	557
558	559
560	561
562	563
564	565
566	567
568	569
570	571
572	573
574	575
576	577
578	579
580	581
582	583
584	585
586	587
588	589
590	591
592	593
594	595
596	597
598	599
600	601
602	603
604	605
606	607
608	609
610	611
612	613
614	615
616	617
618	619
620	621
622	623
624	625
626	627
628	629
630	631
632	633
634	635
636	637
638	639
640	641
642	643
644	645
646	647
648	649
650	651
652	653
654	655
656	657
658	659
660	661
662	663
664	665
666	667
668	669
670	671
672	673
674	675
676	677
678	679
680	681
682	683
684	685
686	687
688	689
690	691
692	693
694	695
696	697
698	699
700	701
702	703
704	705
706	707
708	709
710	711
712	713
714	715
716	717
718	719
720	721
722	723
724	725
726	727
728	729
730	731
732	733
734	735
736	737
738	739
740	741
742	743
744	745
746	747
748	749
750	751
752	753
754	755
756	757
758	759
760	761
762	763
764	765
766	767
768	769
770	771
772	773
774	775
776	777
778	779
780	781
782	783
784	785
786	787
788	789
790	791
792	793
794	795
796	797
798	799
800	801
802	803
804	805
806	807
808	809
810	811
812	813
814	815
816	817
818	819
820	821
822	823
824	825
826	827
828	829
830	831
832	833
834	835
836	837
838	839
840	841
842	843
844	845
846	847
848	849
850	851
852	853
854	855
856	857
858	859
860	861
862	863
864	865
866	867
868	869
870	871
872	873
874	875
876	877
878	879
880	881
882	883
884	885
886	887
888	889
890	891
892	893
894	895
896	897
898	899
900	901
902	903
904	905
906	907
908	909
910	911
912	913
914	915
916	917
918	919
920	921
922	923
924	925
926	927
928	929
930	931
932	933
934	935
936	937
938	939
940	941
942	943
944	945
946	947
948	949
950	951
952	953
954	955
956	957
958	959
960	961
962	963
964	965
966	967
968	969
970	971
972	973
974	975
976	977
978	979
980	981
982	983
984	985
986	987
988	989
990	991
992	993
994	995
996	997
998	999
1000	1001

Esta edición de EL VIEJO EDUÁ consta de 5,000 ejemplares. Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1965, Año de la Agricultura, en la Unidad 206-04 «Mario Reguera Gómez» de la Empresa Consolidada de Artes Gráficas.

THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF THE
CITY OF LONDON
1871

9-052
Gen-G
V

1
H49803
Ej. 2

Gómez, Máximo
El Viejo Edou.

5 2 9 7 Katiuska Quintz
13507 2342 Ana
Alexis. 22/1/1

9-052
Gen-G
V

H49803
Ej. 2

Gómez, Máximo
El Viejo Edou.



Durante treinta años Máximo Gómez no hizo más que luchar o pensar en la manigua. Desde la primera guerra de independencia se destacó por su habilidad y su coraje. Era terrible en las cargas al machete —Palo Seco, las Guásimas, Mal Tiempo— y un guerrillero formidable: durante la campaña de

La Reforma —una de las grandes hazañas estratégicas del 95— distrajo y burló a más de treinta batallones españoles sin salir de una zona de diez leguas cuadradas. El Viejo, como lo llamaban sus oficiales, escribió también, lejos de Cuba o en plena manigua, algunas de las narraciones más conmovedoras de nuestra literatura de campaña. El lector hallará aquí la historia de Eduá, que fue esclavo, mambí y cimarrón, experto cazador de jutías y el más fiel asistente del General en Jefe; la odisea del general José Maceo, que caminó, sin rumbo fijo, cuarenta leguas en trece días por una zona sin agua y plagada de enemigos; las peripecias de la escolta mambí, donde cada hombre llevaba sus credenciales en el cuerpo: un brazo roto, los huesos de las piernas molidos, las mandíbulas perforadas a balazos; y finalmente las notas biográficas del autor y otras páginas memorables.